

El reino de lo *real-maravilloso*

Como a todo, uno llega a sus libros esenciales guiado por la diestra del azar. Así, bajo la tutela de la suerte, hace más de quince años dio la formidable casualidad de que Saúl Rosales, quien a la sazón fungía como gurú en nuestro grupúsculo literario, mencionara con intensa admiración a un tal Alejo Carpentier, novelista y cubano, musicólogo y barroco de veras. El apellido me gustó: Carpentier, y pronunciado a la francesa, *Cagpentié*, me provocaba la sensación de que ya lo conocía y era amigo. Para entonces —a los 18 de mi edad— yo era un jovenzuelo tristón, confundido y muy flaco porque comía, casi exclusivamente, libros de bajas calorías escritos por autores de calaña sospechosa. Leí no sé cuántas novelitas de cuyos títulos no quiero acordarme y otros tantos cuentarios igualmente mediocres, aunque quizás adrede buscaba esos modelos porque me comparaba y, para no ver tan lejos mi propia y mezquina gloria literaria, evadía a los verdaderos escritores. Pensaba: “Si estos tipejos escriben y ya tienen su obra publicada, yo no estoy tan lejos”. A esa edad, y a veces toda la vida, uno suele ser ingenuo; yo intuía mi verdor —¿sería ése un signo de madurez?—, así que comencé a depositar más confianza en mis mayores. Le conferí suma autoridad a la conversación de mis amigos y allí surgió ese gran apellido: Carpentier.

Pasó un tiempo antes de que consiguiera algo del narrador habanero. No me agrada pedir libros prestados, así que en una librería de viejo, cierta borrosa tarde del 85, encontré una edición cubana de *El reino de este mundo*. Recuerdo que me deslumbró la indigencia de aquella edición, aunque luego entendería que los libros cubanos eran impre-

Tuvo buena recepción. Lo publiqué en *brecha* y en *Acequias* entre 1995 y 2000.

sos con maquinaria y materiales modestísimos, lo cual no demeritaba la calidad de muchas obras publicadas en la isla. De la editorial Letras Cubanas, mi escuálido volumen ofrecía una portada en cartulina blanca con unas intrincadas filigranas color naranja y, por supuesto, el título. Aunque del 84, la edición parecía datar de los cincuenta, dados el estilo de la tipografía y el papel amarillento. Pero al fin, pues, tenía un libro de Carpentier y muy pronto, en casa, comencé a leerlo. No sospechaba, hasta entonces, la epifanía literaria que acababa de comprar.

Muy raro, de entrada, me pareció que una novela fuera prologada por su propio autor. Había leído prólogos en varias novelas, sí, pero lo más común era que una mano ajena despachara ese tipo de brindis por lo regular serviles. Carpentier me recordó al Cervantes del *Quijote*, pues ambos acometieron en sus prefacios una presentación en sociedad de sus creaturas. El cubano, en ese pórtico, explica la noción de lo que bautizó como presencia de lo “real-maravilloso” en nuestra América (la de raigambre latina). Hastiado del surrealismo europeo ya mecánico, burocratizado y colindante con la caricatura más grotesca, el cubano descubre en la realidad de Haití un denominador común de la vida en Latinoamérica: aquí no es necesario adulterar la realidad, forzarla con vueltas y revueltas de tuerca surrealistas. Ver detenidamente el decurso de la cotidianidad, anotar en la conciencia los comportamientos humanos y llevar ese magma —tal cual— a la cuartilla, genera, sin duda, una literatura en la que lo fantástico, lo sobrenatural, lo esperpéntico, lo cómico, no es más que lo ordinario en esta tierra pletórica de estímulos para la creación o para el mero divertimento pasajero. Da ahí que, para exponer narrativamente lo real-maravilloso, Carpentier haya elegido el diapasón barroco, ya que ningún otro estilo le sirve para dar alcance a tanta exuberancia de estímulos como la ofrecida por el mundo de su continente espiritual: América Latina.

A partir de la revelación encontrada en *El reino de este mundo*, el mundo de este reino —La Laguna, todo México— adquirió ante mis

ojos una dimensión que poco a poco fascinó mi percepción. Era cierto, Carpentier y su eminente novelita me habían descubierto una clave para asimilar, sin traumatismos mediante y sí con infatigable asombro, la realidad de la desértica región que me cupo en suerte. A partir de allí reflexioné en mi pasado, gocé más mi presente y esperé con mayor ansia el arribo de lo por venir. Pero no me engaño: sin leer a Carpentier uno puede ser capaz de vislumbrar lo real-maravilloso en cualquier recoveco de México y, acaso, de América Latina. En todo está presente: en letreros, iconos, situaciones, charlas. Basta saber que allí anda, agazapado y en espera de nuestra atención. Propongo, ahora, algunos ejemplos “vistos con mis propios ojos”, como reza el pleonasmo cervantino.

Hace meses, y durante varias mañanas, vi un perro callejero con una desgarrada corbata colgada en el pescuezo. El animal pasaba al trote frente a mi casa, y lo más asombroso no era la portación de la corbata (que algún gañán le colocó nomás por ocio), sino la puntualidad del chucho, pues siempre pasaba a las nueve de la mañana. Entonces se me ocurrió la explicación real-maravillosa: el perro, desde que usaba corbata, cobró conciencia de que la puntualidad era importante y todos los días desarrollaba su vagabundeo con burocrática precisión.

En Oaxaca, durante mi único viaje por allá, vi una imagen casi absurda: un indígena leía con azoro, en una banca de la plaza principal, *Mi lucha*, obra cumbre de un tal Adolfo Hitler.

En materia de iconos y letreros, México ofrece ejemplos con fosforescente gracia tan real como maravillosa. En una tortillería encontré la siguiente gema: “En este negocio no se fía. Si no sabe leer, pregunte”. El interior de muchos camiones en La Laguna lleva aún una calcamonia que contradice la norma de tratar bien a los clientes: “No tire basura, no sea marrano”. Una variante de la anterior es esta petición localizada en una miscelánea o tiendita de barrio: “No ponga sus manotas en el mostrador”. Unos billares para jóvenes no tenían permiso

para vender alcohol, y los dueños colocaron en las paredes un anuncio donde resalta la atroz elegancia de la *y* copulativa y de la *o* disyuntiva: “Se prohíbe ingerir bebidas embriagantes *y/o* cerveza”. En *El Siglo*, el periódico de mayor venta en la comarca, un pequeño anuncio ofrece todavía, en alquiler o en venta, películas tres equis a su estimada y discreta clientela; cerca del día del padre, el aviso sugirió regalar filmes porno y añadió esta frase posmoderna sobre el prominente y semi-descobijado busto de una modelo asaz cachonda: “Tu papá merece lo mejor”. También en *El Siglo* aparece con frecuencia un anuncito medicinal que empieza con una frase que es la antítesis perfecta del eufemismo: “¿Amaneció crudo?” Otro anuncio maravilloso: un prostíbulo que durante cuarenta años ha hecho las delicias de su exigente parroquia, se maneja publicitariamente con esta joya retórica: “Paulitos Bar, su segundo hogar”. El cine Modelo —cuenta la leyenda que se incendió por culpa de un cinéfilo demasiado ardiente— proponía en el periódico la exhibición de la cinta *Amor, lujuria y sexo* con este congruentísimo e inmejorable eslogan-alarido: “¡Sólo para desesperados!” Pero la joya máxima en el rubro de frases filmicas la logró el eslogan de, no recuerdo bien, *La pulquería 17 o Las verduleras 8*: “Con las vedettes más escogidas y los galanes de mayor envergadura” (quien redactó esto es un poeta, sin duda). En un baño público pepené esta prudente advertencia donde refugla la epifánica brutalidad del gerundio: “La persona que sea sorprendida miando en las tazas será consignada a las autoridades”. En una calle cualquiera, este ofrecimiento en el que podrían caber todos los oficios del mundo y puntos circunvecinos: “Se hacen trabajos de plomería etcétera”. En Torreón, una cantinucha infulosa y radical instaló en su frontis esta ojetez que bien pudo firmar un superhombre nietzscheano: “Prohibida estrictamente la entrada a boleros, fayuqueros, limosneros, músicos, semilleros y vendedores de lotería. Nuestros clientes merecen respeto”. Por supuesto, lugar aparte ocupan los nombres de negocios: una juguetería de Torreón se llama

“Acá toy”; una estética unisex fue bautizada seudoelegantemente como “D’Pelos”; un negocio de comida, tan chafa como el cantante al que alude, se llama “Tacos Ricky Martin”. No incluyo aquí la innumerable cantidad de barbarismos: una vulka que presume ser “Renovallantas”; una bicicletería que se llama “Daniel el Traviezo”, y demás. También hay casos de anfibologías geniales, como ésta que encontré en un parquecito de Torreón: “Prohibido tirar basura o escombros. Se multará a quien sea sorprendido con 1000 pesos”.

Paso ahora a otros casos. Durante una estancia en Córdoba, Veracruz, me invitaron a una función de box en una arena enclavada en el corazón del mercado no sé qué. La primera pelea, de peso completo, la sostuvieron dos trogloditas con pantaloncillos de fútbol. En el segundo asalto, el réferi detuvo el combate y evitó masacraran al más obeso, quien se molestó contra todos hasta quedar solo en el cuadrilátero bajo un diluvio de mentadas y abucheos. Al despedirse del respetable, el gordito se colocó en el centro del ring y saludó, con los dos guantes posados en sus oferentes vergüenzas, hacia los cuatro puntos del cardinal. Luego se largó entre las carcajadas del público recién agredido.

Haca añales, Librolandia mantuvo una ganga agradable: títulos del sello Origen-Omgsa, en pasta dura, a cinco y diez mil pesos viejos. Cuando pregunté cuáles costaban cinco y cuáles diez, el dependiente me dio una respuesta basada en un criterio que deslumbra por su absoluta carencia de metafísica: “Los libros flacos, a cinco; los gordos, a diez” (esto hay que imaginarlo con la seña de los dedos índice y pulgar).

Un reportero de la tele en Torreón entrevista a un delincuente, quien narra cómo asesinó a cierto fulano luego de una discusión y mientras departían con licor y barbacoa copiosos. El reportero, muy serio él, interrumpe al homicida para plantearle una pregunta cuya importancia escurre babas: “Perdón, ¿comían ustedes barbacoa de pozo?”

Los ejemplos se pueden proyectar, peligrosamente, al infinito. Abundan tanto que se nos han vuelto invisibles. Basta recordar, empero, la

noción de lo real-maravilloso carpenteriana para lograr el íntimo asombro propiciado por la densa retícula de jocosidades y truculencias ocurridas en nuestra realidad. Y no se piense que todo esto sucede en el bajo mundo. El poder y la fama también acostumbran producir disparates de antología, como el cráneo encontrado por Chapa Bezanilla; o la muerte de Colosio con el antipoético fondo musical de esa deplorable cumbia titulada “La culebra”; o aquella huelga de hambre de Salinas con chamarra de borrega en una regiomontana colonia de Solidaridad; o la seña de Roque Villanueva en la Cámara de diputados donde con el IVA nos enchufó a todos de un jalón y, en fin, *El reino de este mundo* me dio la certeza de que lo real-maravilloso es, además de tragicómico, ubicuo. Carpentier, una vez más, atinó en la médula de nuestra realidad con su barroca y caribeña puntería.

Pedacería sobre fut



ÁREA CHICA: NOSTALGIA DE LOS LLANOS

Desde hace veinte años sufro, con todo y paroxismos de liguilla, la enfermedad incurable del fútbol. A veces más, a veces menos, el hábito del balompié le ha robado algunas horas a otros quehaceres acaso más productivos. No importa. 1975 marca la fecha de mi acercamiento a este deporte populachero y banal, pero igualmente grato. En el Barrio Azul de Gómez Palacio, donde nací, ningún mocoso tenía oportunidad de divertirse con otra actividad, y como todos vivíamos en la callejera jodidez lo único que alcanzábamos a conseguir para la diversión eran cuatro ladrillos y un balón de hule marca Arlequín comprado de cope-racha en chácharas El Gallito. Para jugar, sólo había dos posibilidades: llano o carretera, y patear en zacatito era un sueño que sólo podían gozar los niños del Campestre. Eran los tiempos heroicos en los que un par de chuts y una casaca con su número en la espalda constituían las más caras prendas del precario guardarropa personal. Aún conservo, secos ya, los duros callos que me dejaron los zapatos para el fut; no me los quitaba ni para ir a las tortillas.

Fue tanto el ingenuo fanatismo que hasta odié la escuela; sólo me agradaba el efímero recreo y amé las tardes libres, llenas de fut. No recuerdo haber hecho una tarea y gracias al deficiente trabajo de la SEP salí incólume de primaria y secundaria y preparatoria y profesional, época esta última en la que alcancé La Madurez que mis padres tanto

Salió hacia mediados de los noventa en *la tolvenera*, suplemento cultural de la revista *brecha*. No recuerdo si publiqué una segunda parte. Luego escribí un gordo libro sobre fut, y ahí le paré a todo, incluida a la pasión. Me retiré de las canchas cuando ya la panza no dejaba siquiera avanzar diez metros sin que echara el bofe.

anhelaban. Durante años engañé a la escuela, y mi mejor maestro no fue el profe Gámez, sino el Lagarto y el Zopi y el Gallina, todos excelentes tocadores de balón.

El embobecimiento era completo: adquiría, semana tras semanas, todas las revistas sobre el tópicico (*Balón, Penalty, Sólo Futbol, Chivas Chivas Ra Ra Ra, Borjita* y hasta la aborrecible *Fibra América*). Ya ruco, y con un buen puño de Libros Serios en la biblioteca, dije frente a mi madre: “Hasta los 18 años comencé a leer”. Ella contestó: “No es verdad, te pasabas horas y horas con tus revistas de futbol”. Cierto. No tuve Salgaris ni Vernes ni Defoes, pero como buen hereje los sustituí por los seres motológicos que aparecían en las revistas mexicanas. Entre todos, los más admirados eran los de la Máquina del cemento: Cruz Azul. Muchos jóvenes setenteros fuimos tocados por ese club aplastante de Marín, Flores, Quintano, Kalimán Guzmán, Pulido, Bustos, Vera, López Salgado, *et al.* Eso fue, a grandes trazos, mi niñez y mi juventud: mucho jugar fut, mucho leer revistas de fut, mucho ver fut, mucho polemizar sobre fut, poco estudiar, quizá lo mínimo indispensable para alcanzar la nota aprobatoria. Lamentablemente, la edad y cierta conciencia me arruinaron la vida.

ÁREA GRANDE: EL VIRUS CONTINÚA

Ha caminado el tiempo y, pese a las ocupaciones alejadas del bullicio, del futbol y de la falsa sociedad, no he perdido el gusto por el balompié tejido como Pelé manda. Sé que sé más de lo elemental en este deporte. Sin presunción, ya son bastantes años de convivencia con el balón. Aún hoy, de vez en cuando echo cascarita cervecera con el equipo de Brecha Racing Club y procuro *mirar* (así usan el verbo nuestros rancheros) los buenos juegos en la tele. El fut, en suma, es para mí un padecimiento incurable, progresivo y vital.

De hecho, los grandes amigos de literatura y periodismo (Gerardo, Adrián, Gil, Jorge) lo son más porque les gusta el soccer. Los dos prime-

ros no juegan, pero su erudición en la materia (*cfr.* texto de García Muñoz en este número) me asombra cada vez que comentan los partidos. Por su parte, Gil Prado, barroco de pluma y de balón, todavía tiene sus gambetas en los tenis, mientras que Jorge Torres, con todo y barriga, le pega al cuero tan enconadamente que hace recordar a Osvaldo Castro el Pata Bendita.

Con esos y otros cuates he tenido la feliz coincidencia del futbol. Pero nos son los únicos. La literatura me ha dado, aparte de entretenimiento, amigos lejanos que ni siquiera me conocen. Fue curioso, pero tres admirados escritores sudamericanos han creído, como yo, en la belleza de las letras y en el arte no menos hermoso de las patadas. En algunas obras suyas está presente el fut. Mario Benedetti tiene un lindo cuento titulado "Puntero izquierdo" (*Montevideanos*, Nueva Imagen); Vargas Llosa incluye al balompié en *Los cachorros* y en un capítulo de *La tía Julia y el escribidor* (Seix Barral, ambos), mientras que Cortázar lo cita, si la memoria no me defrauda, en cuentos como "Texto en una libreta" y "Deshoras" (*Reunión y otros relatos y Deshoras*, respectivamente). Incluso, supe de fuente verosímil que Vargas Llosa comentó el mundial España 82 para una cadena de radio y, luego de las injustas maledicencias contra Diego (por supuesto que Maradona), se dijo que el novelista inca-hispano escribiría una novela sobre la vida del astro gaucho. Y a propósito de Diego (para mí el más grande de todos), también el escritor uruguayo Eduardo Galeano le demostró reconocimiento por el deslumbrante futbol y por enfrentar a la mafia de Havelange-FIFA ("La magia imperdonable", artículo reproducido por *La Jornada*). Si admiro a la Argentina, para que se vea el tamaño de mi futmanía, es por Gardel, por Borges, por Cortázar, por el Che, por Sábato y por Diego y sus jugadas imposibles para cualquier otro ser humano.

No veo por qué, entonces, disociar el Trabajo-Intelectual-Serio con el modesto fulbito (así le dicen los peruanos). En todo caso, este depor-

te es algo así como mi mariguana, y nadie tiene derecho a quitarme mis toques (de balón).

MEDIA CANCHA: OBSERVACIÓN DEL TERRENO

Ahora, gracia a la televisión, todos saben de futbol y hasta pontifican con sabiduría villamelona. Hoy abundan los expertos que nunca han chutado una de gajos. Pura tele, puro periódico. El fut es la religión más numerosa del orbe, pero al mundo moderno le faltan cada vez más espacios para practicarlo y no sólo verlo. Los aficionados más feroces, los violentos *skin heads* neonazis o los *hooligans* enseñanalgas de Inglaterra, son bebedores y drogadictos hijos de puta que ven el futbol con actitudes fundamentalistas.

Por eso, cada vez serán más necesarios los acercamientos psicossociales de especialistas. El fut puede ser el entretenimiento vacuo que conocemos, el fenómeno sacabilletes que aprovecha Televisa para enriquecerse más. Pero también puede ser muchas otras cosas: un instrumento cohesionador, como se vio en el caso de La Laguna, que gracias al Santos pudo ver hermanados a un sampetrino y a un tlahuailense; un foro para la expresión ideológica, como se ha visto en los estadios de Europa y Sudamérica, donde surgen en las tribunas pancartas contra dictadores o a favor de ciertas agrupaciones sociales (ya en el Corona se vio una manta que decía: "El EZLN apoya al Santos"); una apuntaladora del enamoramiento, pues las mujeres cada vez acompañan más al hombre no sólo a los partidos, sino que hasta en la cama se ponen la camiseta del equipo favorito y, aunque gritan con cualquier jugada de penetración en el área chica, cada vez analizan mejor los detalles del oficio; un catartizador social, como entendía Aristóteles respecto a la tragedia, ya que la épica del balompié compensa en algo la insipidez y el desconsuelo de una vida rutinaria. Eso se me ocurre por lo pronto, pero no deshecho otras virtudes del deporte que abrazo con pasión desde hace veintitantos años.

Saúl Rosales Carrillo: una literatura germinal en La Laguna

Cualquier diccionario, y pongo por caso el *Pequeño Larousse*, explica que *germinal* proviene de *germen*, que es el “Principio simple y primitivo del que se deriva todo ser viviente” y, poco más adelante, “Parte de la semilla que ha de formar la planta”. Ahora bien, si la literatura es una de las ramas de la vida —por cierto, no la menos importante, aunque los *mass media* se empeñen en desdeñar todo respeto por las letras—, obvio es que para manifestarse necesita un germen, ese “principio simple y primitivo del que se deriva todo ser viviente”.

La metáfora, aplicada al caso germinal de Saúl Rosales Carrillo (Torreón, Coah., 29 de octubre de 1940), no es sólo un bello empréstito de la botánica, sino una verdad tan ostensible que sin la presencia de este escritor no existiría la fronda literaria ya visible en la comarca lagunera desde principios de los ochentas hasta la hora actual. Porque la labor de Rosales Carrillo, lo digo con pruebas en la mano, no se ha limitado a crear en una torre de marfil impermeable a las inquietudes de los jóvenes escritores; al revés, su generoso y prudente magisterio no tiene parangón en la breve crónica de la literatura lagunera, y muchos —alzo el brazo y digo *¡presente!*— son los beneficiarios de sus innumerables y munificentes consejos.

Luego de una larga estancia en el Distrito Federal, hacia 1980 Saúl Rosales Carrillo regresó a la región donde nació y muy pronto su fertilizante experiencia comenzó a notarse en nuestras letras. En sus clases de maestro universitario —nunca valoradas justamente como ahora sí las valora mi memoria— transmitió la sabia savia que se requería para que muchos jóvenes perdieran su candor de lectores provincianos.

En 1998 apareció en la revista *Frontera* del DF.

En aquellos primeros *rounds*, los de tanteo, Saúl fue capaz de luchar contra la senescente literatura que acostumbraban inculcar los respingaditos dómimes de la patria chica. Con la puntería de Robin Hood, Saúl abolió programas académicos ya entrados en proceso de descomposición y trajo a La Laguna una selección literaria que podía competir en las mejores canchas del mundo: así en el aula como en el suplemento cultural, Rosales Carrillo defendió con su tino característico la imprescindible, la salutífera imposición de escritores que extendían como arcoiris sus obras esenciales. Por supuesto, Saúl inculcó a los autores de su preferencia, pero venturosamente esos autores gozaban de respetabilidad en todo el mundo; así llegaron a la comarca lagunera lo mismo el cultivo de James Joyce que el de José Gorostiza, lo mismo el de Mario Benedetti o Vargas Llosa que el de Agustín Yáñez o José Agustín, lo mismo el de Thomas Mann o Marcel Proust que el de José Hernández o Hilario Ascasubi, lo mismo el de Cristóbal Colón o Bernal Díaz que el de Ernesto Guevara o Pablo Neruda, lo mismo el de José Lezama Lima que el de Leon Tolstoi. Una paleta, en fin, capaz de abrumar al círculo cromático o, por los menos, al abanico del pavorreal.

Gracias a las palabras de Saúl, tan valiosas como lingotes para quien tenía vocación auténtica, muchos jóvenes ubicaron en la jungla literaria el árbol o los árboles que requerían, y con el tiempo descubrieron otros más. Debo a Saúl, sea éste un solo ejemplo de discipulazgo bien asumido, mi amor de Carpentier y de Cortázar, y con base en esa revelación he descubierto con mis propios pasos otros territorios que tienen relación directa con los croquis inaugurales del virgiliano Saúl Rosales.

Y así como Rosales Carrillo trajo del deefe las valijas llenas de formidables consejos literarios, lo acompañaban ideas también indispensables para hacer germinar una literatura colectiva: había que crear revistas, organizar concursos, abrir suplementos culturales, invitar escritores, publicar libros, coordinar talleres, intentar, en suma, que la

literatura fuera el nutriente que suele ser en las sociedades algo más sensibles a la emoción hospedada en la palabra.

Discreta, silenciosamente y sin el pago que merece tan importante empresa, la gran obra de Saúl ha fruteado. Allí está como ejemplo el escritor lagunero aquél, y aquél otro, y el de más allá también, todos unidos por un germen común: el inmediato —o mediato— magisterio de Saúl, ese “principio simple y primitivo” del que se derivan, lo acepten o no, tantos escritores oriundos o aclimatados en la comarca lagunera.

Pero Saúl Rosales Carrillo no sólo ha sido palabra de estímulo a la literatura ajena. La suya es, sin migaja de duda, una obra tan emotiva como cuidadosa, tan reflexiva como intensa. Oficiante de casi todos los géneros, ha practicado la poesía, el cuento, el ensayo y el teatro. Si me exigieran con un rifle escoger lo mejor de Saúl, creo me quedaría con sus cuentos, aunque a riesgo de recibir un *plomazo* no abandonaría sus poemas ni sus textos críticos. Y es que en toda la obra de esta lagunero laten, insisto, el corazón de la razón y la razón del corazón, para decirlo a la cervantina usanza. Quiero demostrar esa afirmación; procedo, pues, en orden, es decir, conforme se han publicado los libros de Rosales Carrillo.

El opúsculo —recordemos que esto significa *obra pequeña*— *Vestigios de Eros* (1984), es una alfaguara de versos incandescentes. Deslumbrado por la revelación de la mujer como cuerpo y como espíritu, Saúl anuncia la gravitación que el erotismo ha impuesto a su poesía. Mientras en La Laguna se acostumbraba escribir versos rimados en *ito*, Rosales Carrillo salta a la escena literaria con un versolibrismo contento de saberse sólo atado al yugo de la osadía:

Ya no estás aquí, en la casa
cuya decrepitud se suspendía
con la alegría de tu desnudez luminosa

y el encanto de tu desenfado infantil.
Las paredes ya no son fertilizadas por tu voz
ni tus gemidos.
Ahora son sólo paredes,
mudas y estériles paredes.

Huellas de La Laguna (1989) es un ensayo histórico que da cuenta del papel que ha jugado la comarca en el contexto de la historia nacional. Con la prosa clara del ensayista que se sabe heredero de Montaigne, Saúl Rosales esculca el pretérito de la región y después de un periplo bien documentado y mejor expuesto, concluye:

Todo esto y más, mucho más —razones por las que puede afirmarse que La Laguna ha hecho en la historia patria un buen papel—, es resultado del trabajo de miles y miles de laguneros —hombres y mujeres— anónimos que han dejado la mayor —y mejor— parte de sus vidas en el campo y bajo el agobiante sol o el lacerante frío; en la penumbra de las instalaciones urbanas y en el tráfico por calles y plazas. Ellos, desde su anonimato, permiten responder afirmativamente a la pregunta: “¿Ha hecho nuestra comarca *un buen papel* en la historia de México?”.

En 1990 aparece *Vuelo imprevisto*, racimo de ocho cuentos que reflejan, a mi ver, lo mejor de Saúl: prosa intensamente poética, estructuras cuidadosas, temas siempre vinculados a la tragedia de vivir incrustados en una maquinaria social que primero nos desfigura el rostro y luego nos inhuma en la fosa común ora del desempleo, ora de la ignorancia, ora de la brutalidad, ora de todo eso, y más, junto en un sólo personaje. Léase, para el caso, un cuento como “Urbe sosegada”: he ahí, envasados en literatura con calidad-exportación, los nocturnos intestinos de La Laguna. Traigo un párrafo:

La patrulla echó el hocico a husmear el poniente de la ciudad. Rodaba con afán diarreico pero sin poner la sirena a aullar. Las calles nocturnas estaban abiertas como surco escardado, como sexo femenino en barbecho de presiembra. Dentro de unas horas recibirían el trabajo y el tránsito fecundantes. Ahora se relajaban en una espera auspiciadora del parasitismo. El vehículo policiaco las mancillaba prepotente. Las calles lo tragaban con indiferencia en su derrota hacia la zona de tolerancia, barrio de putas, nido de maleantes, refugio de soledades y apetencias desoladas, receptáculo de eufemismos defecados por la hipocresía; zona roja, zona de tolerancia, sector rojo...

Ensayo indispensable para adentrarse en la ruina del campo lagunero, *Brevísima crónica del algodón de La Laguna (1492-1992)* apareció en el año del V Centenario del descubrimiento colombino. Con erudición mediante, Saúl se remonta hasta el encuentro del gran almirante con el algodón americano, y paso a paso, de lo general a lo particular, llega hasta el auge de la fibra blanca en La Laguna, pasa por mencionar el valor del algodón como símbolo unificador de una comarca, y aterriza en el declive que, asombrosamente, tiene su puerta final en 1992; dice el autor:

Y el verso de *La Filomena* que canta "La Laguna tiene algodón", ya es casi una mentira. En esta comarca, en el quinto centenario de que Cristóbal Colón descubrió el algodón americano, sólo se cultivaron 421 hectáreas con algodouero. Su destino fue la esperanza. O sea, multiplicar semilla para siembra. Así pues, en 1992 La Laguna tuvo algodón pero sólo como símbolo involuntario, el símbolo de la esperanza de que, realmente planificado, se restablezca el cultivo del algodouero en esta región a la que dio vida y señales de identidad.

Diez cuentos habitan el conjunto *Autorretrato con Rulfo* (1995 y reeditado en 1998). Saúl agrega con este libro más historias a su archipiélago de desoladas narraciones, cuentos en donde afianza sus temas, sus estructuras y su prosa recurrentes. El texto que da título al libro, un relato con ingente sazón autobiográfica, describe el breve pero indeleble acercamiento que Saúl tuvo con el autor de *Pedro Páramo*. Tan válido como las biografías que se han escrito sobre Rulfo es este cuento que logra asir los peculiares rasgos del escritor jalisciense:

—Fui a buscar trabajo de reportero en *El Día* y me pidieron que lo entrevistara.

Los ojos de Rulfo se encogieron a causa de una crispación sólo perceptible por la intuición y destellaron con brillo atemorizante. Yo había aventado las palabras con lentitud de esfuerzo supremo, las había paleado desde una tumba donde las administraban las represiones, las incomprensiones, los desencantos. Mi forma lerdada de hablar le dio oportunidad de controlar el odio que le provocó sin pretenderlo.

—¿Por qué quiere ser periodista?

Por todo, soy uno más de los escritores laguneros que le adeudan a Saúl Rosales Carrillo un copioso número de consejos y experiencias literarios. Esta apresurada nota de cinco cuartillas apenas paga una minúscula porción del agradecimiento que le debo. Gracias siempre, Saúl. Y aquí seguimos: germinando, germinando.

Comarca Lagunera, 2, septiembre y 98

Don Julio

Para lograr una ponderación aproximada de la trayectoria que Julio Scherer ha descrito habría que parafrasear a Tomás De Quincey: el director de *Proceso* convirtió al moderno periodismo mexicano en una de las bellas artes. La afirmación parece, de entrada, hiperbólica. Sin embargo, quien haya frecuentado las páginas del semanario fundado el 6 de noviembre de 1976 sabrá bien que los elogios a Scherer y a su equipo podrán ser exagerados, pero siempre justos. Él, ellos, todos los que han edificado al “Semanario de información y análisis” no saben el tamaño del favor que le han hecho a la realidad nacional, obstinada como pocas, debido a la cerrazón del sistema, en no deponer su tradicional juego de máscaras y en tener al embute convertido en una especie de perpetuo cordón umbilical.

Luego del golpe contra *Excelsior* en el que mañosamente botaron a Scherer, *Proceso* tomó la palabra crítica que Echeverría quiso cercenar al periodismo mexicano. Fueron años heroicos aquellos en los que don Julio y sus solidarios compañeros fundaron CISA y emprendieron la aventura del semanario más punzante que se recuerde en la historia de México. Si en 1976 la relación prensa-gobierno estaba signada por una red de complicidades y amiguismos, en 1996 la tenebrosa red es menos densa gracias a que de *Proceso* ha dimanado el ejemplo de un quehacer periodístico comprometido no con el Estado, sí con el lector, y sí con el esclarecimiento de la verdad en este país poco acostumbrado a indagar en los entresijos de su realidad política, económica y cultural.

Claro que la tarea no ha sido sólo de *Proceso*; a la revista se sumaron, poco después, el *unomásuno* de Becerra Acosta, *La Jornada*, *El*

Lo publiqué en *brecha* allá por el 96.

financiero y otros espacios de la capital y de provincia que en dos décadas han revolucionado al periodismo nuestro de cada día (o de cada semana) y lo hay ubicado entre los mejores que se practican en el mundo. Los reportajes de *Proceso*, por ejemplo, son paradigmas de lo que es la investigación periodística llevada a los extremos del arte y del método científico. Los cartones de Rius y de Naranjo incentivaron a un ejército de moneros cada vez más incisivo y jocoso; de hecho, en la actualidad se puede asegurar que la caricatura política y social mexicana es una de las cinco mejores del mundo, y quien lo dude vea por ejemplo qué monos tan ingenuos, tan chafas, publican muchos diarios de España. Esto mismo podría decirse en el caso de los suplementos culturales, que gracias a don Fernando Benítez y a *unomásuno* se convirtieron en espacios imprescindibles de muchos lectores mexicanos que hoy día hasta compran el periódico sólo por sus espacios culturales.

Asimismo, *Proceso* abordó los deportes y los espectáculos de una manera diferente a la tradicional y marcó un giro que otros medios asumieron y fomentaron: la farándula y el deporte ya no iban a ser más los territorios propicios para la práctica de un periodismo frívolo, sino que iban a ser tratados como manifestaciones de la cultura popular y áreas de interés político y económico cuyas implicaciones en la vida cotidiana son innegables y profundas.

Éste es, pues, un breve esquema de lo que *Proceso* y otros medios le han dado al lector mexicano. Y aunque don Julio se esconda y no permita los elogios que merece, él tiene mucha culpa del avance que en los últimos veinte años ha manifestado nuestro periodismo. Falta bastante por hacer, pero don Julio, a un mes de una merecidísima jubilación, ya no puede zafarse de su quizá incómoda condición de cimiento. Por ello, desde algún rincón del norte mexicano: gracias, señor Scherer.

Prólogos a la *Imago mundi*

A DAVID LAGMANOVICH

Debo a Fernando Fabio Sánchez la amistad, la lúcida y generosa amistad del maestro David Lagmanovich (Córdoba, Arg., 1927). Antes de que Fernando me lo presentara por la vía del correo electrónico —y hasta ahora sólo hemos conversado por ese medio—, mis referencias sobre el doctor Lagmanovich eran modestas; de hecho, mi admiración impersonal por este narrador, poeta y ensayista argentino se había dado meses antes, cuando compré en mi aldea —Torreón, Coahuila, México— el volumen *Estructuras del cuento hispanoamericano* que la Universidad Veracruzana le había publicado hacia 1989.

Ocurrió, pues, una maravillosa casualidad. Yo había encontrado aquel libro en mi desierto y poco tiempo después, en septiembre de 2000, Fernando me escribió desde Boulder, Colorado, para comentarme, entre otros asuntos, que uno de los cursos de su posgrado en letras lo recibía de un argentino tremendamente informado y gentil, de un tal David Lagmanovich. Fue así como luego de cruzar arrobas nació mi amistad postal, pero no por ello distante, con el estimado autor de este opúsculo.

Correos electrónicos han volado de Torreón a Tucumán, correos electrónicos han regresado, y a cada palabra crece mi certeza de que este amigo escritor es de los enriquecedores, de los que uno puede presumir en todas partes.

Tuve la idea de publicar una colección (la *Imago mundi*) y, para lograrlo, pedí a mis amigos un textos de aproximadamente diez cuartillas. Todos los prologué y los edité, pero nunca tuve dinero para multiplicarlos. He aquí algunos prólogos de esa serie, para que vean mis amigos vean que el proyecto sí iba en serio.

Precisamente, el maestro Lagmanovich enriqueció mi querencia del tango con el ensayo hospedado en estas páginas. Una vez le traté sobre mi argentinolatría, le dije que aparte de frecuentar a muchos de los escritores más emblemáticos de la hermana República pampeña —Borges, Cortázar, Sabato, entre otros—, amaba al tango y a la milonga como si fueran las músicas de mi pago. Él me respondió con este ensayo que merece, estoy seguro, el homenaje de la divulgación. Todo sea, en fin, por conocer un poco más del tango y, de paso, por presumir mi amistad —podría decir mi discipulazgo— con el entrañable maestro argentino David Lagmanovich.

A SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ

En 1994 conocí a Sergio Antonio Corona Páez (Torreón, Coahuila, 1950). Ambos compartimos una maestría en Historia dentro de la Ibero Torreón y recuerdo que de inmediato Sergio me pareció un hombre vocado para bucear en el pretérito. Muy pronto advertí sus facultades, su amor por la Colonia, su pasión por el pasado de nuestras tierras, su sosegada inquietud de historiador tenaz y silencioso, íntimamente feliz con el frecuente descubrimiento de referencias en papelones amarillentos que a la mayoría no dicen nada.

Más delante supe otro tanto: Sergio estudió comunicación en el iteso, era maestro de la Ibero Torreón y había trabajado en centros de investigación; además era genealogista y paleógrafo, dos actividades que lo inclinaban decididamente al estudio de la historia. No pasó mucho tiempo para que colaboráramos en proyectos afines; yo coordinaba el suplemento la tolvanera de la revista brecha y le propuse a Sergio un espacio para sus materiales. Con disciplina y aseo, los textos de Corona Páez me llegaron cada quincena y nunca fallaron durante dos o más años. Era Sergio un colaborador cuya prudencia no he vuelto a ver: llegaba a la revista, se tomaba un café, dejaba su artículo y se iba con su natural apacible y generoso.

Luego hubo un paréntesis —quizá del 98 al 99— en el que nos encontrábamos con cierta esporadicidad pero siempre con un saludo noble y mutuas palabras de aliento. Para entonces, Sergio había agregado a su escudo de armas los estudios de un doctorado y la coordinación del Archivo Histórico de la Uia Torreón. A mediados de 2000, el azar y sus carambolas me abrió una fuente de trabajo en ese Archivo y desde entonces la cercanía de Sergio Antonio se ha convertido en un afianzador de nuestra amistad y de mi afecto por la historia, disciplina en la que siempre me consideraré amateur.

¿Qué he aprendido de Sergio en estos meses de diálogo e intercambio de papeles? Mucho, muchísimo, tanto o más que lo que se puede aprender dentro de las aulas. He aprendido alguno que otro dato, he pescado decenas de referencias nuevas, he entendido otras maneras de percibir la historia. Pero eso no importa demasiado. Lo que sí importa es lo otro, el aprendizaje de una actitud ante la vida, la enseñanza de un ser todos los días y en todos los actos. Recuerda Borges —en su prólogo sobre las obras de Pedro Henríquez Ureña— a un judío que viajó hacia un pueblo remoto no para escuchar al predicador, “sino para ver de qué modo éste se ataba los zapatos”. Toda proporción, Sergio Antonio es eso para mí: una lección de vida, una actitud limpia, munificente y despierta en un mundo turbio y modorro, hinchado de frivolidad y demás miserias.

Los ensayos que componen esta miniatura son, ya podemos comprobarlo, un testimonio a escala de lo que llevo afirmado y su lectura me parece tan justa como necesaria.

A RICARDO AGUILAR

El nombre y el oficio de Ricardo Aguilar me llegaron, como tantas otras agradables noticias, por medio de Gilberto Prado. Un día equis de 1998 el ensayista lagunero me comentó que el director del programa de Letras en la NMSU en Las Cruces era el doctor Aguilar, un chicano que

además de la academia de altos vuelos le tundía duro a las teclas en su pc de poeta y narrador.

Cuatro veces no lo he visto a Ricardo, y todas ellas breves, pero eso ha sido suficiente para sentir muy cerca su grato talante, su inteligencia y la enorme generosidad que me irradiaron sus palabras. No olvidaré aquella noche en casa de Gilberto: la reunión estaba al tope y ya entrados en hambre la cooperación se organizó para comprar algunos bastimentos, para armar una cena improvisada. Me apunté para ser el emisario de la comilona y nadie más quiso despegarse de la cerveza; fue entonces cuando la voz de Ricardo me detuvo y me dijo “te acompaño”. Rara situación: Ricardo estaba de visita en La Laguna y casi le rogué que no me siguiera, que nosotros éramos los anfitriones. Sin decir más me jaló del codo y nos fuimos en busca de unos tacos callejeros.

No es un primer acercamiento muy poético, pero en la espera de la fritanga conversamos de su vida en Las Cruces, de sus cursos, de su literatura; asimismo, Ricardo se interesó sinceramente en mis cosas, en mi lucha libre de escritor y de maestro lagunero.

Han pasado algunos meses y cada vez sé más de Aguilar Melantzón. Nacido en El Paso, Texas, el patriótico 16 de septiembre de 1947, vivió en Ciudad Juárez por más de cuarenta años y nadie puede negarle la doble nacionalidad, e incluso me atrevo a señalar que Ricardo es tan mexicano como el que más, sin que tal afirmación conlleve un dejo tontamente chovinista.

Aguilar Melantzón es experto en literatura chicana. Varias antologías, innumerables ensayos y no menor cantidad de narraciones ofrecen testimonio de su tremendo amor por esas obras creadas en la franja espiritual que no es ni México ni EUA, esas obras que se mestizan en las sonoridades del espanglish y retratan aquella cultura que hoy es motivo de merecidísimos estudios.

“Norte” es un cuento que es muchos cuentos. En él ingresamos a la aventura —trágica, dolorosa, cruenta— de los hermanos mexicanos

que se desarraigan del México profundo para intentar una vida mejor en el lado gringo. Como todos sabemos, cientos, miles de compatriotas han logrado su propósito no sin penalidades extremas; pero hay otros que han fracasado en el intento, como aquellos que hace años murieron asfixiados en un vagón de ferrocarril, un vagón que pudo haber sido una cerca de púas, el río Bravo, la silla eléctrica o, de plano, un balazo de la policía fronteriza.

Ojalá que los lectores encuentren en “Norte” —si nos fijamos, la perspectiva geográfica es, desde el título, la de un mexicano— lo que yo vi: la anónima epopeya de nuestros hermanos más acosados y vapuleados y, acaso, los más valientes y admirables.

A FERNANDO FABIO SÁNCHEZ

A Fernando Fabio Sánchez le adeudo unos renglones. En diversos momentos él me ha recordado que nuestra primera conversación se dio en las oficinas de la revista brecha, en la torreonense calle Falcón. Allí lo llevó mi amigo y casi hermano Adrián Valencia, quien era para entonces su maestro de fotografía. Adrián me había prometido aquel encuentro con éstas o parecidas palabras: “Tengo un alumno que escribe; creo que lo hace muy bien. Lo voy a llevar a la revista para ver si es posible que le publiques algo”. Y lo llevó. Eso fue en el 94 o 95, no recuerdo. Desde entonces tengo para mí que él es uno de los escritores más talentosos y versátiles de La Laguna y, lo que también es importante, uno de los más nobles y generosos. Lo comprobé cuando fue mi alumno en un taller literario donde, por cierto, asistió durante un semestre como único y solidario militante.

Los años han transcurrido luego de sus primeras colaboraciones como cuentista de la tolvanera, el suplemento que edité durante ocho años. Fernando Fabio terminó su carrera, se casó, tuvo una hija y se fue a tentar suerte en los Estados Unidos. Buen rato lo pasó por el rumbo de California, donde lo distrajeron algunos trabajos de mera supervi-

vivencia hasta que consiguió ingresar a la prestigiada Universidad de Boulder, en Colorado, donde se abocó al despachamiento de una maestría en Letras y donde también cursó las severas asignaturas propias del doctorado.

Entre ese trajín, Fernando Fabio ha producido una buena cantidad de libros: el espléndido cuentario *Los arcanos de la sangre*, los poemas de *Posesión de naves* y dos títulos de ensayo reunidos en *Vida, sucesión y muerte* y *Clásicos en el destierro*. En todas esas páginas se levanta, como ya insinué, la llamarada del talento. Pese a su juventud, Fernando Fabio ha sido capaz de organizar una obra seria, responsable, sólidamente edificada sobre los cimientos de la imaginación y del buen juicio.

Para llegar a donde está no ha necesitado correr. Sus páginas dejan apreciar que tiene claro el espíritu no contingente de la literatura; en otras palabras, le interesa la calidad más que el inmediato reconocimiento o el pasajero aplauso.

Con él he sostenido muchos diálogos donde también me ha dejado ver su tenacidad inquisitiva: la realidad le asombra, el sentido —¿el sinsentido?— de la vida lo mantiene fabricando preguntas y respuestas que se rehacen a cada paso como si presintiera que las certezas son, paradójicamente, lo más incierto. Dados los embates de la rutina académica, cada que lo escucho o cada que leo sus cartas me enfatiza que la única salvación está en el arte, que la poesía o la narrativa son, para él, los escudos contra el tedio y el acartonamiento.

Es mi amigo, en suma; es un gran prosista en la narrativa y un agudo observador en el ensayo; además, es un poeta dotado. Me enorgullece entonces presentarlo, compartir a otros su amistad y su talento.

A GERARDO GARCÍA MUÑOZ

Gerardo García Muñoz (Torreón, Coah., 1959) es sin duda uno de mis amigos más queridos. Lo conocí en el ya extinto café Los Globos hacia

el 87-88, y desde entonces hemos mantenido una comunicación donde su humor y su inteligencia, extraordinarios ambos, han sido incesantes. Lector de pánico y memorioso implacable desde siempre, vi con gusto sus primeros tientos de escritura y con más gusto aún he leído los libros de su madurez. Sé que hay otros como él, pero a Gerardo es al único sujeto que conozco capaz de amalgamar solventemente las ciencias duras con las bellas artes, lo que le permite dialogar sin tropiezos, por ejemplo, con la matemática y con la pintura, y no se diga con el arte literario.

La suma de sus horas como lector es incalculable. Desde pequeño —él me lo dijo y se lo creo— insumió novelas de todos los pelajes (es quizá el único mexicano que ha leído *Los bandidos de Río Frío* antes de los diez años); conforme pasó el tiempo fue añadiendo libros de poesía y, sobre todo, muchos de ensayo que le han servido para afinar su agudeza crítica a grados cada vez más rigurosos. Pero no se piense que su disciplina como lector y como taxidermista de grandes obras ha erosionado su vitalidad. Gerardo García es un escritor que en la conversación casual sabe clavar las puyas de la ironía, sabe jugar con las palabras, sabe aprovechar su erudita información para transformarla en veloz chiste, en malicioso comentario al pie de página.

Su amistad ha sido invaluable para mí por varias razones. Como compañero de café y de cerveza, la conversación con Gerardo es deleitante; como maestro involuntario, sus palabras salen espesas de referencias, de datos, de discreción (en el sentido antiguo de la palabra) y, como ejemplo de bibliófilo, pocos hay que lo empaten en el difícil empeño de pesquisar joyas de papel. Nunca olvidaré —él tampoco— el día que en la librería Unicornio de Torreón localizamos dos juegos, cada uno con veinte tomos, de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, una edición para coleccionistas que tenía tres ejemplares firmados por el autor. ¿Cómo llegaron a La Laguna esos diamantes? No lo sé, lo único

que sé es que Gerardo y yo los adquirimos en superoferta y hasta la fecha figuran como reyes en nuestros respectivos librerías.

En *El monje* vemos al torreónense ejercer con gran empaque su faceta de ensayista. Como en sus libros anteriores (*El sueño creador*, *La vigilia del almirante* y *Las paráfrasis pláticas de Alberto Girone-lla*) García Muñoz elabora en este caso un examen donde la buena prosa, su excelente prosa, convive con la escrupulosa cala de aquella novela gótica.

No me queda duda de la inteligente amistad de Gerardo. Muchos motivos me obligan a admirarlo y, donde puedo, a compartir su valía, como aquí.

A ÉDGAR VALENCIA

Vi por primera vez a Édgar Valencia en 1994, creo. Quizá me equivoque, pero esa fecha es lo de menos, aunque de entrada sirve para mostrar la data de nuestra amistad. Desde el primer saludo se me apareció un joven inquieto, dueño de una agudeza que le brillaba en los ojos. Cargaba siempre una cámara fotográfica, pues tenía una encomienda de reportero gráfico en alguna publicación de la Universidad Autónoma de Coahuila, escuela donde cursaba la carrera de comunicación. Era un muchacho ubicuo, un melencólico rubio que no paraba de trabajar junto a su inseparable mochila de estudiante. Hasta ahí pensé que su vocación era la fotografía; más adelante supe que también era rockero y, luego, incipiente escritor.

Pasaron unos años—estamos ya en 1997 o 98— y Édgar fue atrapado en la telaraña musical. Por esas fechas recorrió buena parte del país como vocalista de Malaria, un amasijo de jóvenes que soñaba con hacerla en el ambiente rockeril de México. Pero nuestro autor no estaba destinado a esas aventuras, como luego se vería.

Mientras deambulaba la república, entre tocadas y tocadas, Édgar Valencia, secretamente, íntimamente, hacía crecer la planta carnívora

de su verdadera pasión: la literatura. No sé si esta crónica sumaria lo retrate bien, pero puedo imaginarlo en hoteles, en camiones, en restaurantes remotos con una libreta y un lápiz, con un libro de Cortázar o de Monterroso, cada vez más identificado con las palabras, cada vez más cercano a la certeza de ser poeta o narrador o ensayista o todo eso junto.

Durante algunos meses, recién egresado de su carrera, trabajó en periódicos y revistas de La Laguna. Como casi todos los que ejercen esto en la provincia mexicana, recibió un salario bajo y fue asaltado por la rutina y el anonimato. Fue entonces cuando decidió cambiar de geografía: de Torreón salió rumbo a Xalapa; allí se inscribió en la maestría en Letras y con ello enfatizó su vocación. Édgar —quien nació en Tamaulipas hacia 1975 aunque lleva ya tatuada su laguneridad— ha visto crecer en lares xalapeños la mata de su literatura. La cercanía de maestros como Renato Prada, Manuel Sol y Sergio Pitol han afinado su mirada, y eso queda claro en “Del infortunio de las cenas”, cuento que delata a un narrador con sonrisa volteriana y un futuro enorme.

He tenido el gusto de leer también sus ensayos y sus poemas y puedo asegurar que la calidad salta de la hoja a la pupila. Me cabe el orgullo de haberlo publicado por primera vez en un formato que excede el recipiente periodístico, en aquella *plaque* titulada *Historia y ficción en Columbus* en la que ya se prefiguraba lo que Édgar está siendo como diseccionador de textos. Ahora, dos años luego, leo su cuento y me alegro, me alegro mucho porque el presente confirma mis primeros pronósticos. Édgar ha cuajado: es ya un formidable escritor, un joven maestro.

A SAÚL ROSALES CARRILLO

Según Eco, detrás de cualquier texto hay un lector implícito. Cuando alguien escribe lo hace pues desde unos ojos prestados, los ojos de su lector modelo, aquel usuario del texto a quien el escritor desea emo-

cionar o persuadir. Creo que eso es cierto. En mi caso, siento que he pasado veinte años de mi vida escribiendo para quien fue, en realidad, mi primer lector serio: SRC. Desde 1983, Saúl es, sin que él lo sepa hasta ahora, el lector primigenio de mi modesta obra, el lector que me llega a la cabeza cuando comienzo a escribir, e incluso antes. Cuando un tema se acerca, cuando un cuento es apenas una larva de cuento, cuando un prólogo es apenas el deseo o la obligación de prologar, los ojos tras los lentes de Saúl ya están dictaminando. Lo quiera o no, mis palabras han buscado convencerlo, emocionarlo, agradarlo. La lucha no ha sido sencilla, dado el rigor que caracteriza a este escritor nacido en Torreón, Coahuila, México, hacia 1940, y siempre deberé aceptar que nada me ha producido más orgullo que escuchar de él un juicio aprobatorio, un espaldarazo, un mínimo elogio. La opinión adversa, es obvio, me produce un sentimiento muy parecido al horror.

Lo conocí, como ya dije, en 1982. Él era maestro de la escuela donde yo tropecé con mi carrera profesional y desde su primera clase supe que en él había un hombre diferente. Con gran paciencia, con imperturbable abnegación, impartía su clase de literatura ante un grupo insolente y apático; en muchas otras clases —estadística, publicidad, mercadotecnia— yo era igual, insolente y apático, pero en la clase de Saúl encontré otro diapasón, y allí me *asilencié*, como decimos en México. Sencillamente, con él encontré al primer hombre literario de mi vida. Yo tenía 18 años, era un mocoso todavía con pelo y con una tonelada de ímpetus revueltos en el alma. Ver a Saúl, oírlo, sentir a dos o tres pupitres de distancia su sosegado magisterio, eso me ayudó a centrar la mirada en un solo punto: en la literatura, en esa disciplina que para entonces había sido, desde la primaria, una sosa asignatura impartida por maestros apenas alfabetizados. Mi vida se hizo de letras a partir de aquel contacto con Saúl. Quise, todavía lo quiero, ser escritor. El camino más corto para lograrlo era, primero, el de la lectura. Consumí como enfermo, dogmáticamente, ciego a la crítica, a los autores que

Saúl mencionaba de frente o de costado. Mis primeros gustos (si *gusto* se le puede llamar al surtido de autores de los cuales me apropié) eran en realidad los ya asentados gustos de Saúl: la crónica del Nuevo Mundo, Vargas Llosa, Carpentier, López Velarde, Cortázar, Vallejo, Rulfo, Yáñez... Con Saúl tengo una deuda impagable: gracias a él entendí que había dos literaturas; una, la que yo leía antes de los 18 años, muy mala; la otra, la maravillosa, la que él me enseñó a localizar en aquellas lejanas clases impartidas durante mis estudios de comunicación. Antes de Saúl, pues, yo había sido lector más o menos constante de basura. El hábito de las páginas ya era mío, pero lamentablemente dejaba pasar por el cedazo de mi inquietud a muchos autores de baja estimación. Dos semestres fueron suficientes para orientar la mira, para saber que la literatura era ese mundo diverso y espléndido —rozado a veces por la historia y la política— y no lo que yo consumía antes de los 18. Gradualmente entraron a mi casa los libros que Saúl mencionaba en sus conversaciones, en sus clases, en sus reseñas periodísticas. Luego agregué a otros autores, algunos quizá poco o nada estimados por Saúl, pero aquel impulso inicial fue imprescindible —siempre lo diré— para aprender el arte de descubrir grandes autores.

Hoy, pasada la etapa del mejor aprendizaje, agradezco a Saúl los años de su indestructible magisterio. Pero sigo siendo su amigo. Me considero el más rezagado de sus discípulos, aunque no el menos agradecido. He visto crecer su obra e incluso he visto nacer algunos de sus proyectos. Conversamos esporádicamente, pero siempre con risa y buena sangre. Lo admiro y me place haber estado cerca de este hombre callado, humilde, para mí extraordinario, ésa es la palabra: extraordinario.

Alfonso López y sus ficciones de lo inmediato



Ocultos mucho tiempo tras el velo de la timidez y la modestia, los relatos de Alfonso López Vargas ven ahora de frente a su lector y le muestran, entre otras virtudes no menos apreciables, el discreto encanto de la sencillez. Ficciones de lo inmediato son todas las que este narrador michoacano-lagunero ha ido escribiendo sin apremio, únicamente motivado por el deseo de expresar las emociones que lo habitan de la manera más económica posible, sin huecas pretensiones, sólo con el legítimo afán de *imaginar en voz alta*, de edificar microcosmos donde se puedan apreciar los diferentes rostros de la vida que discurre en los entresijos de lo cotidiano.

Algo de las *canastas* de Traven o del Yáñez y su *Flor de juegos antiguos* encierran los cuentos de López Vargas. Tienen, como los de aquellos dos grandes escritores de temple nacionalista, la fresca irradiación de una experiencia que a cada renglón nos parece familiar, tan inmediata como el pan sobre la mesa o la prenda refulgiendo al sol en el tendedero. No albergan, pues, la anécdota tremebunda, el sangrante filo de la literatura terriblista, la feroz lucha de contrarios irreconciliables. Más bien, las historias arracimadas en *Del alba al anochecer* son contadas como en sordina, sin aspavientos, y remiten a situaciones que nos parecen propias, comunes a todos, nuestras en suma.

Lo interesante en este caso es la delicada tensión que palpita debajo de cada texto. Siempre hay un conflicto humano, por leve que parezca, escondido en los pliegues de los relatos burilados por la mano de López Vargas; configuran sus narraciones, entonces, una especie de pequeña cornucopia de lo doméstico, y no resulta impreciso afirmar que muchas remiten a la calidez del bodegón o al

cuadro con escenas familiares donde lo funesto —y en algunas ocasiones, muy pocas, lo venturoso— se manifiesta sin pirotecnias ni grandilocuencias retóricas.

La vida fluye aquí a ritmo de savia. La provincia se planta a la mitad del foro, hombres y mujeres —muchos de ellos niños— entreveran sus destinos y al final de cada historia, acaso sin remedio porque sin remedio y sin grandes claroscuros fluye la existencia, topan con alegrías o desdichas ordinarias, fatalmente ajenas al heroísmo pero también, y he aquí lo importante, profundamente humanas, tan reales que convierten a los personajes, originalmente hechos de palabras, de tinta y papel, en seres de carne y alma y sangre y emoción.

Alfonso López Vargas, hombre sencillo, modesto y generoso, teatrero y melómano para más señas, abre en *Del alba al anochecer* la puerta de su comunidad cuentística. Estas historias dejan ya de pertenecerle. Ahora son nuestras, de todos sus muchos o sus pocos lectores, y no sin afecto, con una mano que se extiende, se las agradecemos.

Comarca Lagunera, octubre y 2004

La urbe en mi memoria: un recuento de efeñólatra

PRIMER TRANCO: INICIACIÓN DE EFEÑÓLATRA

Como la mayoría de los provincianos de este tiempo, la noción del DF me fue dada por la tele. Recuerdo que en el inicio de la primaria una maestra nos explicó en el aula que México era, además de nuestro país, la capital de la república, el DF. Por supuesto, no quedó muy claro a qué demonios se refería. En la infancia, los mapas son abstracciones de compleja asimilación y apenas entendí que en México había otro México llamado oficialmente *Distrito Federal*. Pero la tele, como digo, ya era muy poderosa a mediados de los setenta. Televisa no tenía competencia. Chespirito comenzaba el ascenso a su fama con el usufructo de la ñoñería; Raúl Velasco ya era totalmente vacío, aún tenía pelo y —gracias a *México, magia y encuentro*, *Siempre en domingo* y *Aún hay más*— duraba seis maratónicas y peligrosas horas en el aire dominical; Los Polivoces —Armándaro Valle de Bravo y el policía Enrique Cuenca, para más señas— se correteaban en jardineras de Insurgentes o Reforma; Jacobo Zabłudovsky ya era nuestro Goebbels y usaba sus espantosos audífonos de caparazón; Ángel Fernández gritaba goooooooooo como ningún otro y Fanny Cano, con su *Yesenia*, hacía estragos en la educación sentimental de las señoras. Ése era nuestro ingenuo contacto con la capital. La tele era, como todo, un negocio centralista y nos creaba a los provincianos la idea de que en el país lo más importante, lo único, era la capital, el DF, el punto del universo donde estaba La Televisión.

Menos frecuente, el roce con el DF nos llegaba a los niños de La Laguna como enigmático fetiche. Algunos compañeros de la primaria

Apareció en la revista *El Huevo*, del DF, pero no circuló en La Laguna, razón por la que meses después lo publiqué en *Acequias*, espacio de la UIA Torreón.

tenían primos, tíos, abuelos en la Gran Ciudad. Yo frisaba apenas los 8 ó 9 años cuando escuché por primera vez una curiosa palabrilla: *chilango*. Supe por un compañero de primaria y afortunado vacacionista que él tenía “primos chilangos”, y que un verano se pasó dos meses en el DF, compartiendo con ellos largos paseos en Chapultepec, en el metro, en el zócalo, en la basílica, en la torre latinoamericana, en bellas artes, en el estadio Azteca. Por esa sola aventura, mi cuate se erigió en el cosmopolita del salón, en el único que había establecido contacto con la ciudad donde jugaban el América, el Atlante, el Cruz Azul, el Atlético Español y los Pumas, es decir, el 25 por ciento de los equipos de primera división. Y recuerdo con reciclada envidia cuánto me asombré cuando narró su incursión al “coloso de Santa Úrsula” para ver un cotejo de la Máquina tricampeona contra las Chivas. Él no lo supo, pero gracias a sus elogios del *Gato* Marín, del *Flaco* Quintano, del *Kalimán* Guzmán y anexas me convertí en un creciente *fan* de los Cementeros. En otras palabras, debido a los ojos de un buen cuate y por magia contaminante, como postula J.G. Frazer en *La rama dorada*, yo tuve contacto con los seres mitológicos de la capital, los futbolistas que sudaban la gramilla del Azteca y que todos los fines de semana salían en la tele de mi lagunera y provinciana buhardilla.

Mi tacto frontal del DF se dio en 1977. Un maestro de secundaria organizó para mi grupo un *viaje de estudios* —ésta es una metáfora— en el destartalado autobús de la federal “Ricardo Flores Magón”. Fue un periplo formidable, pues cuarenta y tantos espinilludos salimos de La Laguna para recorrer Tamaulipas, Veracruz, Morelos, el DF y no sé cuántos sitios más. En Tampico vi barcos gigantes, en Tecolutla me inauguré en el estupor marino, toqué los muros de San Juan de Ulúa, entré a las grutas de Cacahuamilpa. Cuando llegamos al DF, no se me olvida, mis hormonas estaban en ebullición por una compañera de la secundaria llamada Claudia, la primera mujer a la que apetecí con instinto de perro. Quizá por eso la capital de esa primera excursión hoy

me parece afantasmada, demasiado nebulosa en la memoria. No me interesaron bellas artes, el zócalo, las líneas del alucinante metro, el castillo de Chapultepec. No. Nada. El mundo, el universo estaba en Claudia y mis sentidos eran sus esclavos. Recuerdo que subí los escalones de la pirámide del sol junto a ella, y mi único deseo era seducirla, no comprender el sentido de las ancestrales edificaciones. Claudia —así suele suceder— no accedió a mis demandas y lo único que conseguí con ese prendamiento fue desperdiciar mi primer encuentro con la capital, con la gran urbe que ya nos llegaba por la tele convertida en un monstruo complejo, voraz, indescifrable.

Volví al DF en 1983. Era estudiante de la carrera de comunicación en la que invertí, no sé si bien, cuatro años de mi vida. Como tal, todavía con densa credulidad, me integré a un corro de ocho compañeros que anhelaban conocer los intestinos de Televisa y de Imevisión. Con una carta de nuestro rector, los ocho mocetones entramos a los foros de San Ángel y a los estudios del Ajusco. Vimos la grabación, vaya horror, del XE-TU conducido por René Casados y Érica Buenfil; también entramos al foro donde César Costa y Alejandro Suárez urdían *La carabina de Ambrosio*. Con enorme vergüenza nostalgio ese tiempo inútil, pues en lugar de establecer relación con las innumerables zonas de interés en la capital, ambicionaba saber, con respetuosas mayúsculas, cómo se hacía Televisión Profesional. En resumen: un viaje de asco, incluidas las ingentes bacanales despachadas en alguna habitación del hotelito La Fayette, ubicado en el centro histórico.

SEGUNDO TRANCO: RE-CONOCIMIENTO DEL DF O LA VINDICACIÓN DEL CHILANGO

En 1984 se dio mi conversión a la secta literaria, y mi saludable y beligerante apostasía de la ingenua ambición televiscosa. A partir de ese año, puedo decirlo sin afán proselitista, mi vida cambió por el contacto de los libros. Como era previsible, muchas de mis ideas han sido modificadas gracias a una página, gracias a un párrafo, gracias

incluso a una frase. Debo mi primera revelación verbal de la ciudad de México, la más notable y acaso la más duradera, a *Función de medianoche* (Era-SEP, 1986), el libro que recoge los ensayos de vida cotidiana que José Joaquín Blanco publicó en *unomásuno* entre 1978 y 1979. Allí están, como a flashazos, mis primeros reconocimientos ciertos, auténticamente hondos, sensibles, de la capital. La crónica brillante de José Joaquín, su desgarrada ternura, su insobornable juicio del poder y, sobre todo, su minuciosa bitácora de solitario/solidario transeúnte capitalino me dejaron tan entusiasmado que, a mi modo, durante algunos meses intenté el estilo de aquellos textos pero aplicado a las ciudades laguneras. No olvidaré, por ejemplo, las obras maestras de *Función de medianoche*, ensayos-crónicas que no caerán de mi memoria porque debido a ellas entendí, o creí entender, el fascinante amor/odio que le profesan al DF quienes lo habitan, quienes gozan/padecen las ventajas de su centralismo y el turbio decurso de su inmediatez. “Panorama bajo el puente”, “Mercado sobre ruedas”, “Plaza Satélite”, “La plaza del metro”, “Frio de sábado por la madrugada”, “Un Fausto de Lindavista” y otras piezas del minucioso Blanco me guiaron por la capital mucho mejor que cualquier viaje de estudios. *Función de medianoche* me pareció desde aquel primer acercamiento una especie de manso apocalipsis, una descripción poética y rigurosa, delicada e implacable, de aquella magalópolis que por su grandiosa monstruosidad obliga al ciudadano a elegir en un resignado águila o sol: amarla/odiarla o huir.

Luego vinieron otros libros, claro, y casi todos me confirmaban el palpito de *Función de medianoche*. Uno de ellos fue *Perspectivas mexicanas desde París: un diálogo con Carlos Fuentes* (Corporación Editorial, 1973), entrevista donde el autor de *Terra nostra* se exhibe frente a James R. Fortson, director en aquel momento de la revista *Él*, una especie de *Playboy* azteca. A mediados del 73, Fortson interroga a Fuentes en París y le pregunta si piensa regresar a México para residir permanentemente allí. El novelista responde que viaja a la capital con

mucha frecuencia, que tiene amigos y esas cosas, y en sus palabras asoma demasiado la oreja una visión catastrofista que desde entonces es referencia obligada cuando pienso en el DF: “Ahora México es una ciudad sin misterio, sin comunicación entre la gente (...) una ciudad donde el obrero emplea tres o cuatro horas en trasladarse todos los días de su casa al trabajo. Es terrible; no se ha resuelto el problema básico de los medios de transporte urbanos. Pero abundan los yates en Acapulco. México es una ciudad donde no se puede caminar, tienes que andar en el periférico todo el tiempo, te ahoga el polvo, el smog, sólo hay avenidas inmensas, grises, despersonalizadas, de concreto, dedicadas a la muy divina pareja del señor Cocacoatl y su esposa Pepsi-idem. Es horrible, ¿verdad? *Hay que reconstruir la ciudad de México. Quizás sea demasiado tarde. Yo creo que ya no tiene salvación esa pinche ciudad. Se la llevó la chingada, de plano...*” (p. 40; el subrayado es mío). Como se lee, al final de este comentario Fuentes oscila entre el optimismo y la certeza de un DF leviatánico, un sitio al que se lo llevó, sin ambages, “la chingada”, la chingada que hoy es la polución, el congestionamiento, la delincuencia, el hacinamiento, el subempleo, la indefensión económica de millones, el tenaz centralismo, la falta de transporte, la descomunal necesidad de agua y de luz, el caos. Pese a todo, un porcentaje muy alto de mexicanos, resignados o no, viven allí con la legítima esperanza de ser felices hasta que llegue, si es que llega, la posibilidad de escapar.

Junto con los libros, junto con los suplementos (*sábado, El Búho, El Dominical, La Jornada Semanal*), llegaron las primeras amistades chilangas. Al revés de lo que dicta el estereotipo, los chilangos que conocí en aquel tiempo no eran los irredentos malvados descritos por la mitomanía popular de tierra adentro (debo señalar, parentética y casualmente, que mis mejores cuates de la prepa y de la carrera son un par de chilangos ya algo descafeínados pero todavía con suficiente acento tepiteño). Conocí a Guillermo Samperio, a José Agustín, a Nacho

Trejo Fuentes (de Pachuca, sí, pero chilango por ósmosis), a Vicente Quirarte y a otros capitalinos no menos generosos. En lo que me toca, pues, los deefehños me ha tratado, hasta hoy, con buena mano, así que no comparto el precavido estereotipo resumido en la divisa “haz patria, mata un chilango”. Antes bien, el aroma que me deja la ciudad de México es simétrico al de José Joaquín, el amor/rencor que luego encontré en “Declaración de odio” (*Poemas prohibidos y de amor*, Siglo XXI, 1973), una de las obras legendarias del ilustre *Cocodrilo*:

Te declaramos nuestro odio, magnífica ciudad (...)
Y si te odiamos, linda, primorosa ciudad sin esqueleto,
no lo hacemos por chiste refinado, nunca por neurastenia,
sino por tu candor de virgen desvestida...

TERCER TRANCO: EL ASENTAMIENTO DE LA DEEFENOLATRÍA DISTANTE

Ahora, desde hace tres años, por asuntos de trabajo visito la capital con relativa periodicidad. Siempre busco librerías, y por sistema ingreso a Gandhi, al Sótano, a la Octavio Paz y a la de la UNAM. En este tiempo han llegado a mí nuevos textos para convalidar mi afecto del DF —*Enseres para sobrevivir en la ciudad*, Grupo Editorial Norma, de Vicente Quirarte; *México, ciudad de papel*, Tusquets, de Gonzalo Celorio, entre otros— y enfatizar lo que apenas sospeché con la lectura de José Joaquín Blanco. El arraigado amor/rencor de quienes a diario transitan sus calles y se filtran en sus recovecos de concreto. En las visitas recientes, ya más afinada la atención, la metrópoli me ha enseñado su rasgo más evidente: la despersonalización. En México —esto es una hipérbole— parece que nadie le interesa a nadie, y ésa, paradójicamente, es la ventaja/desventaja del oximorónico DF. El desdén por los otros millones de desdeñosos le da al individuo la certeza de una libertad cierta, real, pero esa libertad se ve sujeta por la presión de los horarios, las distancias, el revoltijo de vidas, la competencia laboral,

la maldad despersonalizada. En el DF todo mundo es libre a condición de que acepte vivir en una cárcel. Por eso no hay gratuidad, sino puntería, en el uso del oximoron amor/odio.

Y como digo, ya visito la ciudad de México frecuentemente. Siempre salgo allá con un temblor de piernas que amaina apenas piso la irónica región más transparente. Como mi memoria es más fotográfica que nominal, no ubico nunca los nombres de ninguna calle, de ninguna colonia, de ninguna línea del metro. Toda la nomenclatura entra sin concierto al caos de mi diccionario metropolitano: Tacuba, Tlalpan, Parque Hundido, Colonia Roma, metro Nativitas, Iztapalapa, Narvarte, Polanco, Xola, Presidente Mazarik, Ajusco, San Ángel, Izazaga, Copilco, estatua del Caballito, la Diana, Chapultepec, Lagunilla, Minería, Indios Verdes... Por tal razón, cada vez que visito la capital llevo una agenda ligera, simple, consistente en dos o tres actividades que después se convierten en cuarenta. Bien sé que México posmopólitán devora a cualquiera, y a mí, temeroso lagunero, me arrastra en su infatigable turbamulta despersonalizada, atroz, perfectamente caótica. Pese a todo uno va queriendo a la ciudad y entiende mejor a los poetas que la han loado, desde Bernardo de Balbuena a José Emilio Pacheco. La capital es fea, en las mañanas luce ojerosa y pintada, cierto, pero tiene un veneno que fascina, un veneno que, por lo menos, vale la pena ingerir de vez en cuando. Lejos, separado a diario por más de mil kilómetros, mi amor por el horrible Distrito Federal ha sido, como todo lo que nos sucede, inevitable, tan inevitable como mi frecuente recuerdo del poema "Crónica" (*Tarde o temprano*, FCE, 1986, p. 166), de JEP:

La guerra terminó o tal vez no ha empezado
El fuego derribó nuestras murallas
y hacemos guardia entre las armas rotas

En el aire se palpa un rumor de lluvia
Aún no desciende pero está manchada
por nuestra sangre

¿Somos inocentes
somos los culpables de la matanza?
¿Quién desertó o está muerto como un héroe?

No lo sabremos nunca
En esta noche
que se ha vuelto destino
toda nuestra ventura se reduce
a esperar aquella guerra
que aún no comienza
o se encendió hace siglos.

Cada vez que viajo a la capital, por superstición, leo este poema.

Laguna adentro

*Para Saúl Rosales, con mi orgullo
por su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*

Hace muchos años
veinte o tal vez un poco menos
cuando yo era apenas un boceto del boceto que sigo siendo ahora
me avergonzaba de haber nacido en Gómez Palacio
ciudad fea, polvosa, sin un átomo de lujos para el turismo
ciudad de paso, ruinosa y triste como mezquite solitario
como chamaca sin clientela

Mis primeras ideas literarias trataron de alejarme de La Laguna
sentí la obligación de ser universal, cosmopolita
de hacer una carrera literaria sin el tufo risible de la provincia
y lo logré con triste éxito

De alguna forma que no alcanzo a precisar
nunca llegué a ser cosmopolita ni universal ni nada
pero soñaba con ser identificado como autor de otro lugar
no de La Laguna
no de la estepa
no de Torreón ni de Gómez ni de Lerdo
ni de Matamoros ni de San Pedro
y menos de Tlahualilo o de Mapimí o de Chávez o de Viesca
mi comarca, mi *Filomena* comarca

Pero una vez lloré de tristeza y encontré en el sótano de mi corazón

Escribí este desahogo a mediados de 2003. Creo que queda demasiado claro lo que sentía por esas fechas. Apareció en *Acequias*.

flotando, a la deriva, olvidada
mi pequeña identidad de lagunero
la tomé en mi cuenca, temblorosamente
y encontré que esa forma extraña, que ese ser
ese amorfo ser lagunero
era irremediablemente mi rostro
mi pasado, mi gente
las vías del tren para llegar a la primaria de Santa Rosa en Gómez
el recuerdo de papalotes y canicas, juguetes pobres, magníficos
[juguetes

las misceláneas de don Manuel y de doña Melquia
el hotel Soto, un misterioso hotel de rato
el cine Elba donde aclamé al Santo desde entonces hasta la fecha
el fut y el beis en el asfalto
la humilde paleta de hielo
los amigos que hoy son albañiles o empleados en alguna empresa
y padres de familia como yo
espantados por la comida y la renta y las quincenas

Me impuse la obligación de esquivar ese mundo
de borrar ese pasado de carencias
de refugiarme en los libros
de hundirme en el prestigio de otras realidades
pero el anhelo me duró muy poco
del fondo de mi entraña, paso a paso, lentamente, como animal con
[hambre

caminaba hacia mis cuarenta mayos el pasado
mi pasado de amigos harapientos
de muchachas lindas, inalcanzables y lindas muchachas
que platicaban sólo entre ellas, secreteras, mordiéndose la trenza
comiéndose un chamoy, hablando de artistas

de adolescentes que para ser machos tomaban cerveza sin hacer
[gestos
de entradas al turbio cine para adultos
de mesas de billar y cigarros en la jeta
de tacos en el comal callejero, mugrosos y reconfortantes

Pero fracasé
lo estoy confesando
fracasé al tratar de verle la cara a la belleza en otras partes más
[prestigiosas

La belleza, lo que a mí me parece ahora la belleza
también está escondida en el recuerdo de esas calles
de esa gente
de todo el polvo acumulado en siglos
de todo el sol derramado en La Laguna
como violento chorro de luz sobre la tierra seca

Aquí estaba, en los pliegues de este rincón
de este pedazo de mundo casi fuera del mundo
la belleza diseminada en tantos sitios malolientes y basurientos
la belleza en sus cantinas y en sus expendios de vinos y licores
la belleza en sus plazas sin aliño
la belleza en sus camiones
en sus mercados de ratas casi diurnas
en sus perros sin casa
la belleza en la belleza de tantas, tantísimas mujeres
la belleza en tanto lépero bravucón
la belleza en tantas loncherías
la belleza en un campo de fut sin zacate y con porterías maltrechas
la belleza en los obreros de bicicleta y radio con pilas Rayovac
la belleza en las cumbias bárbaras de un taxi

la belleza en todas partes
incluso en lo terrible

Me venció entonces la realidad
La Laguna se insubordinó en mi sangre
la nostalgia se coló por todos mis poros
como a los ingleses se les cuele Londres
o a los gringos se les clava Nueva York en el cerebro
y decidí entonces convertirme
sin programa, sin bitácora, sin plan
sin manifiesto ni grito chovinista
en lo que debo ser
en vocero de mi polvo
en pájaro de mis pinabetes
en asordinado cantor de nuestras gestas
de nuestras pequeñas gestas sin fama mundial
sin prestigio ni mercadotecnia
pero hermosas

Hurgué entonces en los escondrijos de mi corazón
y allí encontré el arte que me cupo en suerte
hallé mi tiempo circulando por las arterias
mi pasado en jirones percutidos
mi pasado de imágenes en bruto
de niños que fueron mis amigos y que no traían jamás un quinto en
[la bolsa
de futbol y de pleitos gratuitos en el barrio
de escapadas al canal de riego para nadar casi en el lodo
de madres perfectas como dice Whitman
—que también aquí las hay, y bastantes, como doña Catalina, por
[ejemplo—

de salones con sesenta alumnos sudorosos
de maestros pobres vestidos con terlenca y que le echaban ganas
para que aprendiéramos de jodido a sumar nuestras desgracias

Hoy pues me reconozco
y sé que no faltará el atarantado que me apunte con el índice
[exquisito

para acusarme de provincianismo
de pintoresco altavoz de La Laguna
No tengo respuesta para defenderme
me resigna saber que a la belleza de los museos de Europa
—belleza que también me pertenece y hago mía, debo aclarar—
le agrego la belleza tal vez triste del lecho del río Nazas
del mercado Alianza
de la calle Morelos donde tantas tardes he caminado en busca de
[libros
de un parque en Gómez donde toqué la primera mano deseosa de una
[novia
de la secundaria Flores Magón donde acaso conocí el rostro de la
[alegría

del teatro Martínez y del bar La Ópera
de la fealdad sin culpa de nuestros ejidos
de la palabra coloquial y viva y hermosa y universal y eterna en mí
al menos en mí
de La Laguna

Comarca Lagunera, 11, septiembre y 2003

El espacio de Borges

¿Cómo aprovechar la cancha de ocho mil caracteres que Juan Pablo Neyret me ha convidado con el fin de celebrar el día del escritor en Argentina y el aniversario de la muerte de Borges? Fácil: escribiendo, ya instalado en México, mi reciente y breve y profunda experiencia argentina, mi paso por algunas librerías de Buenos Aires, mi permanente sensación de que esas calles del centro eran las mismas que había escrito Borges, mi certeza de que tal vez anduve cerca del sótano donde el enorme ciego vislumbró el aleph. Porque salí de mi natal Torreón, Coahuila, en el árido centro-norte mexicano, con la terca idea de que, por fin, Buenos Aires y Borges estaban en mi itinerario. Fue un viaje largamente acariciado, una espera de años. Y por fin, por fin.

Soy, lo digo cada vez que se atraviesa la oportunidad, un sedentario empedernido. Como los koalas, con un árbol me he conformado y hasta puedo pedir menos, pues sé que viviría feliz en cualquier rama. Por eso resultó una verdadera aventura aceptar la generosa invitación del doctor David Lagmanovich, estimadísimo amigo e internético tutor, quien con algunos correos electrónicos logró persuadirme de que bajara de mi árbol y viajara a la Argentina para participar en el VII Congreso de Hispanistas celebrado en San Miguel de Tucumán, en el noroeste argentino, del 19 al 22 de mayo.

Miles de personas han emprendido el viaje de Norte a Sudamérica. Como quiera que sea, este viaje fue *mi viaje*, y con asombro todavía me

Esta crónica fue publicada en la revista *Noticias & Protagonistas*, de Mar del Plata, Argentina, en junio de 2004. Fue una especie de reencuentro con la crónica, género que como lector nunca he abandonado y que como periodista/escritor practiqué mucho de joven gracias al impulso de *Función de medianoche*, libro clave, al menos para mí y para Saúl Rosales, de la crónica setentera mexicana. La crónica salió luego en *Artefacto*, revista de la Comarca Lagunera.

impresiono con lo que a otros tal vez ya les parece demasiado ordinario: pensar que en quince horas de vuelo pasé de Torreón a Buenos Aires, eso con escalas breves en el Distrito Federal y en Santiago de Chile. Llegué al aeropuerto internacional de Ezeiza en la medianoche del sábado 15. En un microbús de la línea Tienda León pasé de la aeropista al Gran Hotel España, en Tacuarí 80, precisamente en el ombligo de la capital federal. Esa primera impresión de Buenos Aires fue nocturna; amplias carreteras, edificios de todos los tamaños, innumerables anuncios espectaculares, nada que se diferenciara demasiado de mis visitas al DF. Tal vez, y esto podría ser cuestionable, noté más orden y menos pobreza en esta megalópolis que en la capital de México. De inmediato, los señalamientos de tránsito comenzaron a traerme las palabras que gracias a la literatura ya guardaba en mi desordenada memoria: Liniers, Villa Crespo, Boedo, Lanús, Avellaneda, Recoleta... Como siempre me ocurre, por las palabras entro al mundo, y Buenos Aires me obsequió de golpe un montón de gestos hasta entonces conocidos sólo por medio de los libros.

El sábado 15 desperté con la curiosidad de palpar la atmósfera de la capital argentina. Advertido por David, cargué al menos un suéter que me protegió del gélido otoño sudamericano, en estas fechas el polo opuesto al perol chicharronero llamado La Laguna, lugar donde (sobre)vivo. La ciudad lucía gris, húmeda, con nublazones y mucho viento helado. La primera zona que recorrí fue la Avenida de Mayo. No entendí por qué había tantos negocios cerrados, con la cortina metálica corrida hasta el suelo. Era sábado, sí, pero en mi remoto norte, pensé, los sábados tienen mucho movimiento, y en aquel sabatino Buenos Aires noté la vida comercial muy apagada. Las cortinas como párpados cerrados me permitieron leer los agresivos graffitis que cunden por toda la ciudad, pintas políticas que grupos radicales dejan plasmadas en los establecimientos comerciales como decorado de la crisis, las crisis. La violencia sesentera de aquellas palabras también me impresionó, y

no titubeo al afirmar que aquella fue mi primera y nada turística y muy despierta visión de Buenos Aires.

Sin advertirlo, mientras leía los grafitis antimperialistas que en México ya casi desaparecieron, llegué a la legendaria Plaza de Mayo. De frente me encontré con la Casa Rosada, con el obelisco, con una discreta cuota de turistas y con un plantón, el que tenían asentado algunos veteranos de las Malvinas para exigir mejoras a sus pensiones de ex combatientes. En ese primer vagabundeo me abordó un joven vendedor de banderitas albicelestes. Pese a su pobreza evidente (un suéter raído, un pantalón seboso, los ojos estrábicos), me distrajo con buena retórica, con frases bien construidas, con habilidad verbal, rasgo que luego me parecería común en la Argentina, pues en el taxi o en cualquier sitio la gente se emplea bien al momento de conversar. El joven no me ofreció su mercancía, no me impuso su asedio comercial, simplemente me explicó que la Argentina atravesaba por una etapa dura, pero que ellos ya estaban acostumbrados y se iban a recuperar. Luego se apuntó para tomarme una foto, me prestó una banderita y allí quedé, inmortalizado en una imagen con la Casa Rosada al fondo y yo con la tímida banderita a media asta.

Luego de visitar por accidente el ombligo histórico de Buenos Aires, me alejé unas cuadras. David Lagmanovich, en un mail que en realidad era una guía para que me orientara en aquel primer contacto con Buenos Aires, recomendó que no me perdiera un desayuno en el Café Tortoni, establecimiento de añeja tradición. Allá fui. Me atendió un mesero, o sea un mozo, con deficiente español, un tipo que parecía balcánico recién llegado a la Argentina. Pedí un sándwich, una gaseosa (o sea, nuestra “soda” o nuestro “refresco”) y un café que me sirvieron en una taza microscópica y cuyo sabor, como casi todo el café de este país, me supo demasiado amargo. Vi luego una vitrina que guardaba fotos del recuerdo en el Tortoni. Cantantes, políticos, escritores. Entre ellos, Borges conversando con amigos en animada mesa. “Aquí ando, viejo, por fin”, pensé.

Prácticamente no salí del centro. Era demasiado ambición llegar más lejos, y ni siquiera lo intenté. Yrigoyen, Suipacha, 9 de Julio, Avenida de Mayo, Florida, Corrientes, Chacabuco, Lavalle, Tucumán, ¿qué más podía pedir un hombre que sólo había leído esas calles? “Es el centro de Borges, el lugar donde más caminé, las aceras donde seguramente nacieron sus adjetivos, sus juegos con el tiempo, su noción del laberinto”, me dije muchas veces y la felicidad de quien visita a un gran amigo me cobijó en todo momento.

La bitácora se fue nutriendo de pormenores, de detalles importantes o al menos llamativos, en efecto, pero ajenos a mi búsqueda principal: el espacio de Borges. Anoté todo lo que pude, y éste no es el momento para vaciar la lista de lo que más me impresionó, que como digo no fue poco. No tardé ni un día en caer atrapado por la telaraña de las buenas librerías que cunden en Buenos Aires. De viejo, de nuevo, todas amenazaban con aniquilar mi flaco presupuesto de asalariado en trance de turistar. Resistí como macho mexicano, pero no pude no ceder a la tentación (¿debo entrecomillar “ceder a la tentación”? de hacerme trampa y comprar lo inconseguible en México. Walsh, Feinmann, Macedonio, una buena cuota de Soriano, la tremenda revelación de Abelardo Castillo. Allí, entre esos autores, saltó un periodista llamado Alejandro Vaccaro, autor de *El señor Borges*, una largo diálogo con la señora Epifanía Uveda de Robledo, quien durante muchos años fue la “fiel servidora” de la familia Borges. *El señor Borges* no me pareció caro, y lo compré como curiosidad inhallable en las librerías de mi patria. A los amigos borgólatras de Torreón, creí, les iba a parecer interesante. Al salir de la Distal erré unas cuadras por Florida, contento con los espectáculos callejeros y con mi primera tanda de libros ahora agazapados en una bolsa de papel azul eléctrico. En Tucumán doblé a la izquierda y como el hambre ya era mucha me dejé querer con un pebete en cualquiera de los muchos restaurantitos que salpican esa calle. Aproveché la coyuntura para sentarme y para hojear, todavía sin convicción, más

bien distraídamente, los libros recién adquiridos. Abrí el de Vaccaro, al azar —supongo que al azar, aunque ya no estoy muy seguro— en la página 69. Leí: “Leonor Rita Acevedo nació en la ciudad de Buenos Aires en la calle Tucumán 840 —donde luego nacería su hijo Jorge Luis— el 22 de mayo 1876”. Allí me detuve, con el pebete a medio camino entre el plato y la boca abierta mucho menos por el afán de engullir que por la sorpresa. Tucumán 840. Tucumán 840. Apuré de dos tarascadas el pebete, le di veloz trámite a mi gaseosa, y salí a la vereda para ver la numeración de la calle. Estaba en los seiscientos. Aprisa, con el corazón a todo tren, avancé hacia donde crecían los guarismos. 805, 812, 820, 832... La Fundación Jorge Luis Borges apareció en el número 840, y entré a beberme un café, a tomarme una foto. Unas ancianas me vieron preparando el disparador automático, y sólo se me ocurrió decirles esta frase: “Soy mexicano, vengo a saludar al maestro”. Las ancianas sonrieron, y al menos ya no me juzgaron loco. Pasé allí media hora. En la mochila cargaba tres o cuatro cuentos de mi cosecha, inéditos, obra en proceso de corrección. Los coloqué sobre la mesa. Fue entonces inevitable recordar el prólogo de *El hacedor*, quizá una de las páginas más hermosas escritas por el Hombre; quise pues darle a Borges mis cuentos y, junto con ellos, las palabras que él anheló regalarle a Lugones: “... usted vuelve las páginas y lee con aprobación algún verso [que en mi caso pudo ser algún parrafito], acaso porque en él ha reconocido su propia voz, acaso porque la práctica deficiente le importa menos que la sana teoría”.

Salí de allí admirando más a Borges, a Lugones, a Buenos Aires, a los muchos escritores notables de Argentina, el país que tiñe de albiceleste el otro lado de mi mexicano corazón.

Comarca Lagunera, 10, junio y 2004

Examen de un abuso



Mis amigos pasan ahora por trances similares a los míos. Al oírlos parece que escucho hablar a mi conciencia. Es, sencillamente, una especie de sintonía generacional. Los que andamos hoy entre los 30 y los 45 años, más o menos, tenemos un montón de gastos relacionados con la primera educación formal de nuestros hijos. Buscamos guarderías o “estancias infantiles”, elegimos el kínder o la primaria adecuados, vemos incluso la posibilidad de que los niños tomen por las tardes algún curso artístico o deportivo. Tiempo, dinero y esfuerzo —parafraseo un antiguo eslogan de la guía telefónica— son invertidos por millones de padres sin duda con el encomiable propósito de que los pequeños obtengan la mejor formación posible. Cuando se trata de acercarles educación creo que en general, y más si hay solvencia económica, no existe padre reacio a invertir en ese “patrimonio” vitalicio.

Sospecho sin embargo que la buena disposición de los padres ha propiciado un malentendido: sin medir ninguna consecuencia, las escuelas —sus directivos y sus maestros para no hablar de manera tan abstracta— exigen una erogación en libros y útiles escolares que raya en el delirio, en el disparate, en el más grotesco de los abusos cometidos en nombre de la (con mayúscula) Educación. He escuchado a mis amigos y, sin ponernos de acuerdo para cantar en el coro, todos recitamos que, en efecto, la erogación es tan alta como innecesaria. Avanzo por partes.

Apareció en las páginas de *La Opinión Milenio*. Lo escribí estimulado por las conversaciones con algunos padres de familia que, como yo, padecíamos en agosto el doloroso flagelo de los gastos escolares.

EL MITO DEL EXCESO

Cualquier escuela privada u oficial serviría como ejemplo, pues para hablar sobre este tema todas proceden de la misma forma. Pienso en la educación preescolar y en la primaria, ya que todavía no llego a padecer los excesos, si los hay, de la secundaria y los siguientes niveles. Aclarado eso, traigo a la mesa de debate un mito: entre más abultada vaya la mochila, los niños aprenderán más. Como dice el inefable secretario Creel: eso es falso de toda falsedad. Cualquier pedagogo con dos milímetros de frente sabe que la educación no está basada en la acumulación infinita de materiales —libros y útiles—, sino en el aprovechamiento óptimo de los que con medida se puedan manejar durante un año lectivo. Creer que, por ósmosis, un niño que ostenta un cerro de materiales didácticos va a obtener mejor preparación, es creer que la educación es un asunto de cantidad, de exceso, de engorda porcina, no de calidad y medida. No está demostrado que un niño con dos libros y dos o tres útiles escolares aprenda bien, pero lo que sí es seguro —y basta mirar a los estudiantes que llegan a secundaria y a preparatoria y a profesional— es que millones de niños con decenas de libros y cuadernos y lápices y borradores y tijeras se indigestan con todo el material que les piden en la escuela. Debe primar, entonces, la medida, no la arbitraria petición y compra de material que luego es subaprovechado.

UN DAÑO SILENCIOSO

Además del daño económico y concreto a la economía familiar, además de daño que se le impone al niño cuando lo acostumbramos al consumo desordenado, hay un daño al medio ambiente en el que pocos reparan. ¿Cuántas toneladas de papel se van al basurero debido a los cuadernos usados muchas veces sólo hasta la mitad? ¿Cuántos libros quedan arrumbados año tras año sin haber sido hojeados siquiera por sus presuntos usuarios? ¿Cuántos kilómetros de plástico no biodegrada-

ble se emplean y en un año se deshechan por forrar millones y millones de libros y libretas? Y en los kínderes, ¿las educadoras se han preguntado alguna vez si el hoy célebre “foami” no es una más de las mugres que mancillan el ambiente? Ciertamente que los libros forrados con plásticos gruesos quedan mejor protegidos; cierto que el “foami” es un material más amable que la cartulina o el periódico, pero es mucho más cierto que esos materiales se suman a la larga lista de desechos que la naturaleza no logra engullir con facilidad, y por conseguir el fin práctico de proteger los materiales didácticos le damos otra puñalada al medio ambiente, una puñalada tan cruel como la que le propinan las fábricas que vomitan basura química o como la emitida por los mofles de los coches. Esa inconciencia también la estamos heredando a los pequeños.

ARREGLO EN LO OSCURITO

No aseguro que lo sea, pero al menos parece un arreglo en lo oscuro el que establecen muchas escuelas con las papelerías y con los libreros. Las eternas listas de material didáctico solicitado casi obligan a pensar mal: hay una especie de turbio amasiato entre las escuelas y los negocios dedicados a vender útiles escolares. Si no cómo explicar la petición desquiciada de cuadernos, pegamentos, lápices, colores, borradores, cartulinas, tijeras, marcadores y, sobre todo, de libros. Nadie duda que eso reactiva cada año la economía del, digamos, “mercado escolar”, lo que a su vez genera empleos y riqueza y blablablá. Pero, ¿a qué precio se obtienen esas ganancias? Sinceramente creo que los padres de familia —mucho menos lo de recursos limitados, es decir, la abrumadora mayoría de nuestra malnutrida patria— no tienen por qué enriquecer bestialmente, y en agosto, a la industria del papel y de los lápices. Alguien replicará que, en el caso de los libros, es mejor tener muchos en casa, los más que se puedan. De acuerdo, sólo que es necesario hacer una mínima aclaración: ¿qué tipo de libros debemos tener en casa? Creo que México es un país privilegiado por sostener su

programa de libros de texto gratuitos; se ha discutido mucho sobre la calidad de la información que en ellos se suministra, sobre todo en algunos temas siempre candentes como los históricos o los sexuales, pero creo que hay consenso sobre el enorme valor que tienen esos libros para la primera formación de los niños. Si eso es así, ¿para qué piden ocho, nueve, diez libros más aparte de los que gratuitamente distribuye la SEP en todo el país? ¿Qué los libros de texto gratuitos no cubren los programas a cabalidad? ¿Creen las escuelas que todos los padres de familia están en condiciones de pagar 500 o mil o más pesos por concepto de libros complementarios? Son muchas preguntas, y otra vez la misma respuesta: no tienen por qué ser los padres de familia quienes lubriquen el engranaje de la industria editorial si los libros de texto gratuitos cubren a medias (eso lo dudo) los programas escolares. Estoy de acuerdo en que, además de los de texto gratuitos, las escuelas exijan uno, dos, tres libros complementarios, pero solicitar diez más no parece una aberración: es una aberración. Ahora sí, ¿qué tipo de libros debemos tener en casa además de los de texto gratuitos? No más libros de texto, obviamente, sino libros de referencia (diccionarios, enciclopedias), literatura (cuentos, novelas, poesía), obras científicas generales (medicina, biología, matemáticas). Ese es el complemento adecuado de los libros de texto, volúmenes que pueden servir hoy y mañana, no los que indiscriminadamente encargan en las escuelas, obras que los niños ni siquiera terminan de hojear y que pasado apenas un año se convierten en reliquias.

SUPERSTICIONES DE LA VELOCIDAD

El tiempo es oro, dicen los gringos, y hoy todo lo que consumimos debe ser, obvio, "lo más veloz". El coche para correr, el teléfono para lograr una adecuada conexión, el servidor de internet para facilitarnos navegar por la red, la pasta de dientes para blanquear el esmalte, el curso para que aprendamos inglés, el banco para agilizar nuestros trámites,

el noticiario para informarnos, todo debe ser velocísimo. Vivimos rendidos ante la velocidad, y despreciamos con odio caníbal a su contraparte: la lentitud. Sería pues un harakiri publicitario decir, por ejemplo, “después de muchos años, y tras un lento y minucioso esfuerzo, usted aprenderá a escribir con cierto decoro”. No, nadie le regala elogios a la lentitud. Al contrario, todo lo lento es asociado a lo indolente, torpe, imperito, desatento, inepto. Pues bien, al menos en un caso yo sí creo en la lentitud: no para practicar el fútbol, pero sí para aprenderlo. No para hablar inglés de restaurante, pero sí para dominarlo y para poder leer a Shakespeare en su lengua original. No para ejecutar un proceso productivo, pero sí para entender con claridad la cadena de esfuerzos que es necesario respetar para alcanzar un fin común. No para tocar el violín como Paganini, pero sí para asimilar el misterio y la sublimidad de la música culta. En otras palabras, creo que la educación, para llegar a su adultez, debe tender a la buena digestión, a la relectura, al intento error intento error intento acierto. Y pregunto entonces: ¿puede un niño de cuarto de primaria digerir en un año veinte libros de texto, diez cuadernos y cien tareas? Sí puede, pero hay que buscarle un maestro particular y hay que quitarle por completo la televisión, es decir, no puede. En síntesis, solicitar tanto material didáctico es una forma tonta de adorar al gran y estúpido tótem de la velocidad.

DEMOGRAFÍA Y AULAS

Muchos padres creen que cuando sus hijos llegan a la escuela —la educación formal—, ellos sólo tienen que pagar colegiaturas o hacer trámites burocráticos, llevar y recoger a los niños, firmar boletas y asesorar de lejitos la elaboración de las tareas. En otras palabras, los padres dejan en el cada vez más jorobado lomo del maestro la obligación de formar a los pequeños, y ponciopilatescamente se lavan las manos si el niño evidencia poca o nula asimilación. Terrible error. Dado

que ahora no hay aula pública ni privada sin sobrepoblación, el maestro apenas puede con el paquete, y mucho menos puede agotar los insumos escolares que él mismo solicita al inicio del semestre. Se impone entonces la colaboración de los padres, que en casa ellos ayuden a la formación de los niños. Todo esto para decir que una permanente asesoría del padre puede suplir muy bien a los kilos y kilos de material didáctico que hoy encargan en las escuelas.

En fin. Es seguro que educar es una labor infinita, complicada y para muchos fascinante; y no es tan seguro que podamos educar mejor con la torpe política de comprar una montaña de útiles escolares que a lo mucho nos dejan el bolsillo más flaco y la borrosa, la ambigua sensación de que hemos sido buenos padres. He visto los rostros de mis amigos y ellos saben, como yo, que entramos al aro por inercia, para no complicarnos la existencia con reclamaciones que nos colocarían en el incómodo papel de “padres rejegos”, pobretones y quejumbrosos, desasosegados por el temor de que luego se aplique una sutil “venganza” contra nuestros hijos. Además, nadie quiere ser el padre desnaturalizado que le niegue veinte libros a sus hijos. Veinte libros, diez cuadernos, cinco lápices..., en suma, los inútiles escolares, uno más de nuestros tristes homenajes al desperdicio de recursos.

Epilogo

Veinte años invertidos en el aporreo de teclados no se pueden gastar sin el apoyo —sin las inmerecidas porras— de muchas personas. Yo no tengo más que palabras de agradecimiento para quienes, tal vez sin saberlo y en distintos momentos, me han ayudado a seguir en esto. La lista es amplia, pero va sin el ánimo de excluir a nadie del aprecio que apenas me cabe en el meritito corazón: a madre y padre (en el centro de mi cariño), a mis seis hermanos y a la cauda de sobrinos. A Adrián y Martín Valencia. A Saúl Rosales. A Gilberto, Javier y Miguel Prado, Gerardo García, Fernando Fabio Sánchez, Pablo Arredondo, Édgar Valencia, Enrique Lomas, Alejandro González Acosta, Raúl Renán, Alejandro Toledo, Daniel González, Nacho Trejo Fuentes, Irving Ramírez y Tere Muñoz, Fernando Martínez, José Emilio de los Ríos, Alfonso López, Agustín Velarde, Jaime Palacios, William Henderson, Salvador Alvérez, Querube Molina, Magda Madero, Angélica López Gándara, Cecilia Abusaíd. A Ernesto y Olga Chapa, Pepe y Laura Rodríguez. A Sergio Antonio Corona y Patricia Reyes, Claudia Máynez, Felipe Espinosa, Leonor Domínguez, Cristina Solórzano, Mariana Ramírez, Alonso Licerio, Héctor Acuña, Ricardo Herrera, Jaime Maravilla, Jorge Reza, Francisco Javier Márquez, Consuelo Blanco, Jaime Chávez, Marco Morán, Beto Rubio. A David e Inés Lagmanovich, Juan Pablo Neyret, Enrique Foffani y Laura Pollastri (en Argentina). A Jaime Arellano, Óscar Fernández, Jorge Torres, Marina Arvizu, don Mario Arvizu, Rubén Escalante, Paulina del Moral. A Miguel Báez, Daniel Lomas, Daniel Herrera, Willy Fadanelli, René Orozco, Alberto de la Fuente, Enrique Sada, Fernando Cepeda, César Cano, Édgar Salinas, Salvador Sáenz, Idoia e Iñaki Leal, Sergio Ríos, Domingo Deras, Ronny Flores, Cuty y Pichi Martínez, Carlos Castañón, Elías Agüero. A

Vicente Rodríguez, Carlos Velázquez, José Jiménez Ortiz, Miguel Talamantes, Yazmín Chavarría, Arturo Robles, Roberto Guzmán, Ivonne Gómez, Miguel Morales, Cristina, Héctor y Ana Lucía Matouk, Ana Sofía García, Gabriela Nava, Raymundo Tuda. A Javier Villaseñor. A Eduardo Santoyo, Ana María Urdapilleta, Gloria y Carolina Murillo, Olga Zamarrón, Alonso Licerio, Bertha Rivera, Gerardo Suzán, Saúl y Herón Vargas, Joel y Marisol Triana, Jesús de la Torre, Asunción del Río, Ana Olga Rodríguez, Enrique Servín, Mauricio y Gerardo Beuchot, Héctor Chapa. A Luis y Beti García Abusaíd, Gerardo Hernández, Jesús R. Cedillo, Alfredo García, Gerardo Segura, Carlos Manuel Valdés, Claudia Berrueto y Jesús de León. A Raquel Martínez-Gómez. A Adriana Vargas, Miriam González, Daniella Giacomán, Carlos Hernández, María Estela Morales, Rocío Micher, Verónica Chávez, Mario Gálvez Narro, Juan Gómez Junco, Julián Parra, Raymundo Muñoz, Manolo Ibarrola y Diego Silva. A Felipe Garrido, Sonia Salum, Eduardo Langagne, Salvador Castañeda, David Miklos, Tomás Granados Salinas. A los planetarios René Solís, Patricia Mazón, Jesús Anaya, Andrés Ramírez, Daniel Mesino y Margarita Sologuren. A Érika Jiménez Ocaño, Brenda Azucena Muñoz Yáñez, Nazul Aramayo y Marco Chávez Mata. A Sergio y Margarita Sotelo, Claudia Díaz, Iram Méndez. A Sergio Raúl y América García, Ricardo Acosta, Jesús Viesca, Manuel Calzada, Óscar Conte. A don Miguel Sánchez Carrillo. A Alfredo y Marusa Máyez, José y María de la Torre, Alberto Ibarra, Edson Calderón, Jesús Sánchez, Flavio y Héctor Becerra, Tony y Fer López, Rogelio Villarreal padre e hijo. A Gerardo Martínez, Jesús y Rosy Aviña, Jorge y Cristi Torres, Paco y Liz Ornelas, Miguel y Melody Frías, Fernando y Adriana Escobar, Jesús y Rosy Riquelme.

Mi agradecimiento no puede olvidar, por supuesto, a Renata mamá y a mis tres Ranitas, la tierra donde enraizo.

Miscelánea de productos textuales (abierto día y noche), e-book de Jaime Muñoz Vargas, fue editado en Torreón, Coahuila, por Iberia Editorial durante el verano de 2004. Es una publicación vernal.

